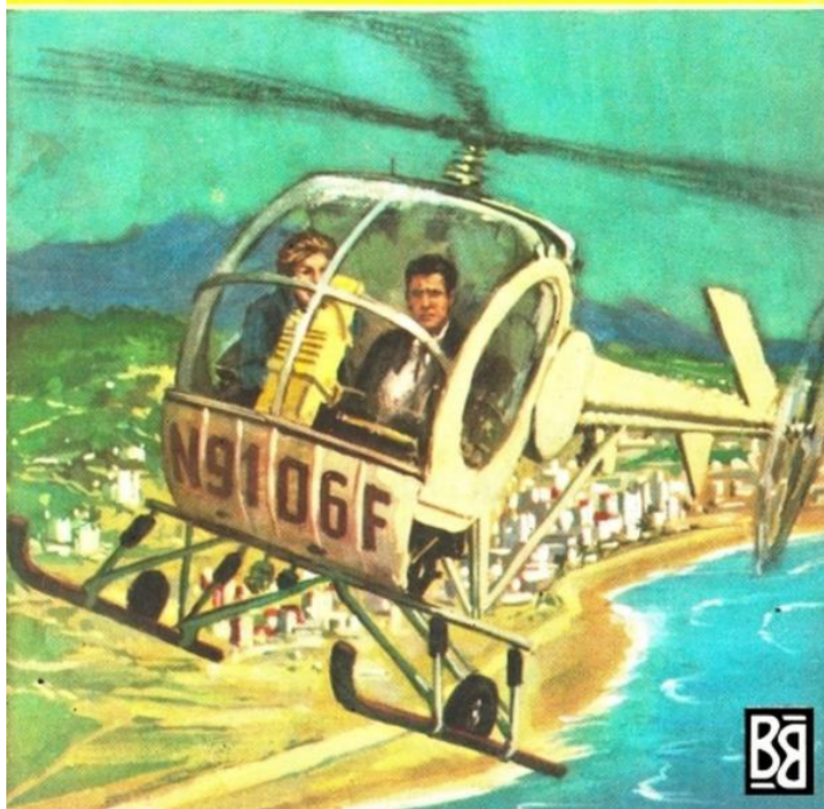


PUNTO
ROJO

el FBI colabora gustoso

Frank McFair



COLECCION

PUNTO ROJO



KERMADEC



BASTIAN-CHAVRIER



CEBA
11-17

FRANK McFAIR

EL FBI COLABORA GUSTOSO

Colección PUNTO ROJO n.º 283
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal, B. 16.822 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: setiembre 1967

© FRANK McFAIR - 1967
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1967
sobre la cubierta

© PEÑA - 1967
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

CAPÍTULO PRIMERO

—¿El nombre de ese agente?

—Kermadec, señor. John Kermadec.

El hombre que había hecho la pregunta tabaleó con los dedos sobre el cristal de la mesa. En su frente, amplia y despejada, libre de arrugas nadie podría siquiera intentar leer sus pensamientos.

Pasaron casi tres minutos. De pie, ante la mesa, el otro hombre aguardaba, sin dar muestras de impaciencia.

—John Kermadec —dijo por fin—. En mil novecientos sesenta descubrió al agente soviético que durante el viaje de Nikita Krushev a las Naciones Unidas tomó contacto con dos científicos americanos, arrancándoles información.

—Sí, señor, exacto.

—Ya antes había llevado a cabo un buen trabajo en Des Moines cuando descubrió al raptor de Mary St. Julian.

—Sí, señor.

Hubo una nueva pausa.

—O. K. Meraulton. Usted conoce el planteamiento exacto del problema. Comuníquelo a Kermadec y comiencen a actuar. Tienen muy poco tiempo. Días, nada más.

—Volveré a Philadelphia hoy mismo, señor.

—Vaya, Meraulton. Y, buena suerte.

—Kermadec parece tenerla, señor.

—Adiós.

La entrevista había terminado. Meraulton salió del despacho, enclavado en el piso 5.^o del edificio. El sol de Washington le dio de lleno en la cara cuando atravesó la Avenida de Pennsylvania, abandonando el edificio del Departamento de Justicia. Por quinta vez en su vida, el agente principal encargado en mando de la Delegación en Philadelphia, había hablado con John Edgar Hoover, director de FBI.

Subió al coche y en él llegó al aeródromo. Una hora más tarde volaba hacia Philadelphia.

Cuando se encontró de nuevo en su despacho, del que había salido sólo cuarenta y ocho horas antes, se sentó ante su mesa y pulsó un timbre.

—Que venga Kermadec —ordenó.

Sólo tuvo que esperar tres minutos, que empleó en repasar mentalmente lo que tenía que decir a su subordinado.

Luego la puerta se abrió y entró Kermadec.

—Siéntese, John. Puede fumar.

—Gracias, señor.

John Kermadec medía seis pies y dos pulgadas. El cabello, de un rubio oscuro, le crecía en pico sobre la frente. Tenía los ojos azules, la cintura de la mitad de anchura que los hombros y vestía un traje de gabardina color cuero.

Meraulton lo examinó durante unos instantes.

—John —dijo por fin—. Dentro de...

Echó una mirada a su reloj de pulsera.

—... veinticuatro horas exactamente, estará usted camino de la Costa Azul.

Kermadec alzó una ceja. Muy poco. Lo suficiente como para mostrar un cortés interés y nada más.

—Es una gran noticia, señor. Me gusta la Costa Azul.

—Ha estado usted en ella dos veces.

—En los últimos seis años, sí, señor. Antes estuve en ella...

—Siete veces...

—Sí, señor.

Meraulton encendió un cigarrillo y se inclinó sobre la mesa.

—John, usted habla el francés como un nativo.

—Mi padre *fue* nativo, señor.

—Sí. Ésa ha sido una de las causas por las cuales ha sido elegido para esta misión. Yo diría que la causa menos importante, quizá.

Kermadec lanzó una nube de humo hacia el techo.

—¿La menos importante, señor?

—Sí, posiblemente, sí. Las otras constan en su historial. Seis años en el F.B.I., con doce casos especiales resueltos.

—Muy especiales, señor.

—Sí. Debido a ellas, precisamente, ha sido elegido. Pero el

hecho de que hable francés tan bien como para hacerse pasar por nativo, ha venido a reafirmar nuestra decisión.

—La Costa Azul en esta época es extraordinariamente atractiva, señor.

—Usted no va a ir allí a gozar del sol y del agua, Kermadec. Sino a trabajar.

—Sí, señor.

—Y ahora, se han acabado las amenidades. Kermadec, voy a hacer una buena historia.

»Hace muy poco tiempo, un poco más de un año, el 16 de octubre de 1964, los chinos comunistas han hecho estallar sus primeras bombas atómicas. Nadie creía que pudieran hacerlo en tan corto espacio de tiempo desde que comenzaron sus experiencias en el campo de la desintegración nuclear.

»Ahora bien: el caso es que han hecho estallar sus bombas. Unas bombas simples de uranio enriquecido, no como las nuestras o las inglesas. Pero ello ha llevado al gobierno de los Estados Unidos a preguntarse si su próximo experimento no tendrá mayores alcances. No voy a descubrirle a usted que Napoleón ha muerto: estamos interesados en que los chinos retarden lo más posible su entrada en el club atómico.

—No, en efecto, señor.

—Pero llevan camino de hacerlo. Y la manera como lo han conseguido, aparte de la ayuda que los rusos les prestaron en sus primeros pasos, ha sido la que les han proporcionado investigadores chinos que estudiaron en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Rusia y en Francia. Una vez adquiridos en esos países los conocimientos que ellos consideraban necesarios, los investigadores chinos volvieron a su país excepto dos que conseguimos detener después de que habían obtenido el premio Nobel y se dedicaron tranquilamente a fisionar el átomo con fines bélicos.

—Lo sé, señor.

—Bien. Lo que quizá no sepa es que un científico francés de origen no chino, sino muy francés, y que fue compañero y discípulo de varios chinos, de los cuales era además amigo, se ha comportado de una manera extraña estos últimos tiempos.

—¿Muy extraña?

—Sí. Ha tomado parte en diversas manifestaciones

pro-paz,
ha regañado con sus compañeros del Instituto Joliot-Curie, y, al parecer, se inclina hacia el lado de China en el conflicto ideológico que actualmente separa a Moscú y a Pekín. Se declara no revisionista, es decir, partidario de Stalin. Y, por último, se ha despedido del Instituto Joliot-Curie y se ha marchado a la Costa Azul decidido, según ha declarado, a permanecer neutral en la disputa chino-rusa.

—Bien, pero...

—Espere, John. La cosa no acaba ahí. Nuestros agentes en Francia nos comunican que el profesor Bastian-Chavrier ha sido visto en diversas ocasiones en Niza en compañía de algunos ciudadanos chinos, con los cuales parece estar en muy buenas relaciones.

Kermadec encendió un nuevo cigarrillo.

—¿En qué se ocupa el profesor Bastian-Chavrier últimamente?

—¿En el Instituto? Sencillamente, en lo que los técnicos llaman «drogado atómico», es decir...

—Sé lo que es el «drogado atómico», señor. Utilizar material termonuclear para la detonación de las bombas atómicas.

—Exacto. ¿Comprende ahora nuestra preocupación?

—Sí, señor. El profesor Bastian-Chavrier podría estar coqueteando con los chinos para ofrecerles sus conocimientos.

—Exacto, repito. Y eso es...

Hizo una pausa significativa:

—... lo que deseamos evitar. Por todos los medios.

—Bien, señor, pero los servicios del contraespionaje francés...

—La policía francesa, es decir, el Deuxième Bureau, trabaja por su cuenta, pero no nos ayudará. Si algo sabe, lo guardará para sí. Obrará o no en consecuencia, pero... lo guardará para sí. Y nosotros queremos enterarnos de si Bastian-Chavrier quiere dar información a los chinos.

—Yo, claro, señor.

—Usted, claro, Kermadec. Usted va a ir a Niza y va a procurar saber qué diablos está haciendo allí Bastian-Chavrier y...

—¿Puedo adivinar lo que sigue?

—Hágalo.

—E impedir que cometa una tontería.

—Exacto. Tenga en cuenta, Kermadec, que los franceses no le prestarán ninguna clase de ayuda. Ninguna. Por el contrario, si es usted descubierto aprovecharían la ocasión para devolverlo a los Estados Unidos bien empaquetado, y con un letrero que dijese: «Indeseable. Sigue protesta diplomática sobre asunto espionaje».

—Lo supongo. Conozco a los compatriotas de mi padre. Hablan y cuando algo les molesta, gritan y chillan hasta cansarse. Procuraré que no me devuelvan a los Estados.

—Usted, Kermadec, viajará con pasaporte francés.

John alzó una ceja.

—¿Sí?

—Sí. *Monsieur* Oliver Franc, comerciante en vinos, establecido en California desde hace quince años. Vuelve a Francia para pasar unas vacaciones.

—¿Existe un Oliver Franc?

—Existe. Treinta y nueve años, y vive actualmente en Pasadena. No opone ningún reparo a que se haga uso de su nombre, siempre que no sea para hechos delictivos. Por otra parte, es pariente del agente principal de la delegación de los Ángeles. Tiene esposa, pero está separado de ella, amistosamente. Vive en París. Le hablaré más tarde de ella con amplitud.

—Comprendo. Debo procurar no manchar su sacrosanto nombre de honrado comerciante.

Meraulton sonrió.

—Como quiera, pero..., no se dé demasiada publicidad. Kermadec, usted no es agente principal debido a tres causas principales. La primera que usted lleva solamente seis años en el F.B.I. La segunda su afición a las mujeres y la tercera...

Kermadec lo miraba humorísticamente.

—¿Sí? Vamos, dígalo.

—Kermadec, usted no es lo que podríamos llamar..., un profesional ciento por ciento. Cuando pidió usted y obtuvo el ingreso en el F.B.I., usted no necesitaba para nada el sueldo. Y sigue sin necesitarlo.

—Puedo ayudarle, míster Meraulton. Papá Kermadec tuvo la previsión de hacer su fortunita cuando llegó a América, procedente de Francia. Trabajó y trabajó y... la fortuna le ayudó. Cuando murió dejó a sus hijos lo suficiente como para que no tuvieran que comer

la sopa del Ejército de Salvación.

—Kermadec, usted pone en mi boca palabras que no he pronunciado.

—Pero que reflejan sus pensamientos, señor. Bien, sea como sea, de acuerdo, no soy un profesional en el sentido de que *no* necesito mi sueldo.

Hizo una mueca.

—De que si me despidiera del Departamento de Justicia, podría retirarme a un rancho de California a vivir cómodamente de mis rentas. Pero olvida usted algo. Que pedí el ingreso en el F.B.I., porque me gusta y porque..., digamos que deseaba lucir un título además de abogado, profesor en filología francesa e inglesa, técnico en armas y otras cosas.

—John, estoy hablando en serio. Es usted todas esas cosas, pero si cualquier día decidiese colgar su título de graduado en el F.B.I., nadie podría reprocharle nada. Ha cumplido... No, déjeme hablar. Ha cumplido muy bien. Extraordinariamente bien. Por eso, depositamos en usted nuestra confianza.

—De acuerdo, señor. No es la primera vez que algún compañero me pregunta que por qué sigo jugándome la cara cuando tengo el suficiente dinero como para hacer lo que me dé la gana y vivir muy bien. No les contesto. Dejo que lo averigüen si quieren. Y ahora, dejémonos de todo esto. Soy Oliver Franc. Comerciante en vinos de California, francés y en vacaciones en Niza. ¿Seguimos?

—Sí. Usted deberá establecer contacto con Bastian-Chavrier. Hablarle, escucharle... Por cierto, le gusta mucho hablar, y averiguar qué es lo que piensa hacer.

—¿Es casado?

—John, ¿empezamos de nuevo? Cuando se trata de mujeres...

—No, señor. Es que es muy importante. Cuando a un hombre no se le puede atacar por otros cauces, una mujer puede ser muy útil para establecer contacto.

—Es casado. Bastian-Chavrier tiene cuarenta años y su esposa es más joven. Bella, inteligente y atractiva en todos los terrenos. Pero eso es...

—De acuerdo, señor, de acuerdo. Es secundario, iba a decir, ¿no? Señor, ¿qué debo hacer si me encuentro con que Bastian-Chavrier está coqueteando con los chinos de Mao-Tse-Tung?

—Impedirlo —respondió secamente su superior.

—¿Impe... dirlo? ¿Debo tomar eso como una especie de cheque en blanco?

—Debe tomarlo como quiera. Impídalo.

—Conforme. ¿Algo más?

—Cuando salgamos de este despacho va a recibir algunos datos más acerca de Bastian-Chavrier. Los utilizará para su trabajo. Y..., creo que eso es todo, por el momento.

—Conforme, señor.

—John.

—¿Sí, señor?

—No debe... fracasar.

—Señor, no fracaso nunca..., si puedo evitarlo.

—Lo sé.

Se puso en pie.

—¿Vamos? Quiero que vea algunas fotografías de Bastian-Chavrier. Se llama Berthold, tiene cuarenta años y...

Diez minutos después estaban en una habitación oscurecida. Solamente la luz de un reflector cinematográfico iluminaba la escena. Sobre una pantalla de hilado de plata, se sucedían las imágenes lentamente.

—... le gusta nadar, escalar montes, el *whisky* de calidad y los buenos vinos.

—Cada cosa a su tiempo, señor. No está mal.

—Sí. Ama a su mujer y ella lo ama. Aquí la tiene.

Kermadec examinó críticamente a una mujer que paseaba por la calle conduciendo un dogo enano.

—No está mal. Quizá un poco delgada. Demasiado sofisticada para mí...

La escena cambió. La misma mujer, convertida en ondina, salía del agua, en un bikini de discretas proporciones.

—Me desdigo. No está mal, sin reparos. No necesita más carne en ningún lugar de su anatomía. Noventa..., sesenta..., noventa y uno.

—Nunca he dudado de su disposición hacia el sexo contrario y de sus conocimientos sobre la materia. Las medidas exactas podrá conocerlas cuando le sea presentada.

—Apuesto a que sólo me he equivocado en un centímetro, señor.

—No lo dudo —respondió el agente principal secamente.

Kermadec estaba mirando ahora de nuevo a Bastian-Chavrier.

—Poca grasa. Sí, no se limita a *decir* que hace ejercicio. *Lo hace*, en realidad.

Un hombre de pelo claro, esbelto, fuerte al parecer, muy tostado, abrigaba a la mujer con una toalla de baño.

—Bien, creo que eso es todo. Corten —dijo Meraulton—. ¿Tiene bastante?

—Sí, señor.

Salieron de la sala.

—¿Debo partir...?

—Esta misma noche. El avión hace escala en Nueva York. Una hora. Después, París. Desde allí tomará el Tren Azul.

—¿Por qué no el avión?

—A Franc no le gusta demasiado ese modo de viajar. Franc aprovechará sus primeras vacaciones en Francia para recordar el paisaje.

—Sí, señor. Lo absorberé en su lugar.

—Kermadec, puede ir haciendo las maletas. Las últimas instrucciones las recibirá esta tarde, por escrito. Destruýalas antes de llegar a París. A las tres, un especialista en vinos le dará algunas lecciones sobre la materia.

Kermadec ya había usado otras veces el papel especial que se puede tragar y digerir. Asintió.

—Señor, ¿puedo esperar alguna ayuda por parte de la CIA?

—Ninguna. Ni siquiera está enterada de lo que pretendemos. Estamos hartos de sus continuas tonterías. Serían capaces de montar una vigilancia sobre Bastian-Chavrier y él se enteraría a las dos horas. No, ninguna definitivamente.

—Así que sólo cuento conmigo mismo, ¿no?

—Sólo. ¿Eso le importa?

—No, señor. Desde luego que no.

Fue a su casa. El criado negro le esperaba para abrirle la puerta. Se digirió al baño y permaneció en él media hora, pensando en su nueva misión. Entre aquellos baldosines negros y amarillos, entre aquellos espejos y sus aparatos de gimnasia, que utilizaba dos veces al día, permaneció hasta que el criado le avisó que la comida estaba lista.

Mientras comía, levantó la copa, mirando al retrato de su padre, el Kermadec que llegó a los Estados Unidos con sólo diez dólares en el bolsillo, y que cuando murió dejó a sus hijos un millón a cada uno.

—Gracias, viejo —dijo.

Luego, después de comer, mientras fumaba un cigarrillo contempló al criado, que ayudado por dos doncellas negras preparaba el equipaje.

—No —dijo viendo cómo el criado iba a meter el *smoking* en la maleta de piel de cerdo—. Ése, no. El otro, el más usado. Y..., Ulisses, sácale un poco de brillo a los codos.

El negro se volvió hacia él como si hubiera encontrado un escorpión entre las sábanas.

—¿Brillo, míster John?

—Brillo, Ulisses. En los codos.

—Pe... pero...

—Brillo, Ulisses. Si lo rozas contra una mesa durante diez minutos, el efecto será seguro.

—Como quiera, míster John. Le... sacaré brillo.

Cogió el *smoking* y, con un gesto que expresaba bien a las claras su disgusto, se dirigió hacia la mesa.

John lo contempló mientras lo hacía.

—Creo que ya bastará. No es necesario exagerar la nota. Ulisses. Tú, Linda —se volvió a una de las doncellas— búscame un pañuelo de seda, morado.

Ulisses tuvo un estremecimiento.

—Señor, ¿va usted acaso a África?

—No, Ulisses. A Francia, solamente.

—Ah, lo comprendo, señor.

—No, Ulisses, no comprendes nada, pero es igual. Permaneceré fuera algún tiempo, aunque no sé cuánto. Ocupate de que todo siga igual para cuando yo esté de vuelta.

—Me ocuparé, señor, no lo dude. Y ahora, señor, ¿he de buscarle una corbata amarilla, por casualidad?

—No seas guasón, Ulisses. Pero..., mete una corbata amarilla en la maleta. ¿Quién sabe? Quizá me haga falta.

Y riendo salió del cuarto. Tenía una cita con un especialista en vinos.

CAPÍTULO II

—¿Qué hace en el F.B.I., un hombre que posee varios títulos académicos, que tiene tres criados o cuatro, a la vez y que puede firmar sin pestañear un cheque de cinco cifras? —preguntó en cierta ocasión a Meraulton un magnate de las finanzas.

—Trabajar. Y bien —respondió escuetamente el agente principal.

—Pero... ¿quiere usted decir que hace lo mismo que los demás agentes, dar partes, vigilar...?

—Sí.

Ahora, mientras en el avión transoceánico, Kermadec volaba hacia Londres, Kermadec recordaba aquella conversación, que el agente principal le había repetido. Y sonreía.

Sacó de su bolsillo un sobre en blanco que le había sido entregado en el aeropuerto de Philadelphia. «Para abrir en viaje y destruir» habían sido las instrucciones.

Y ya estaba en viaje. Sacó del sobre una hoja de papel muy delgado y la leyó. Contenía pocas líneas: «Información de última hora nos hace sospechar que tercera potencia está interesada en su actual trabajo. Intereses de esa tercera potencia no antagónicos con los nuestros, pero posiblemente distintos».

Nada más.

Hizo una pequeña pelota con el papel y aprovechando la pequeña luz individual se la metió en la boca. La masticó hasta reducirla casi a pulpa y se la tragó.

Tercera potencia... ¿Rusia? Tal vez. Pero también podía ser Inglaterra. Bien, seguramente el F.B.I., se pondría en contacto con él, para posteriores aclaraciones. La nota no decía nada sobre ello.

En Londres permaneció solamente cinco horas. Luego, el avión a París. Cuando desembarcó del aparato, en la aduana, se dirigió directamente a la oficina de viajes en el aeropuerto. Y pocas horas

más tarde atravesaba Francia de parte a parte.

Por último, Niza. Tenía reservadas habitaciones en el «Hotel Westminster» en el Promenade des Anglais. Ya se habían ocupado de ello desde Pasadena.

Era, naturalmente bajo el mismo en que se alojaban los Bastian-Chavrier.

Tomó un baño y bajó al vestíbulo. Se detuvo un momento junto al mostrador de recepción y lanzó una ojeada en su derredor. Ninguno de los dos estaba a la vista. Se colocó bien la «Koda» y salió a la soleada avenida.

Pasó ante el Casino Municipal y los jardines de Alberto I, y se detuvo a fotografiar los barcos. Cuando volvió al hotel, después de haber cumplido como buen turista. Bastian-Chavrier estaba sentado en una butaca, en el vestíbulo, fumando un cigarrillo.

Hay muchos medios de abordar a una persona. Muchos, pero ninguno de ellos le ofrecía las garantías suficientes. Y un paso en falso podía significar el que el sabio francés se metiese en su concha, de la que luego sería muy difícil sacarlo.

Sonrió al pensar en que quizá tendría que probar con *madame* Bastian-Chavrier, al fin y al cabo.

Se dirigió al bar y pidió un vermut. Mientras lo agitaba para que se deshiciese el hielo, vio a la mujer. Estaba hablando con otra, con las cabezas muy juntas.

Una de las veces, ella volvió hacia Kermadec los ojos. Fue una de esas miradas rápidas en las que sin embargo, una mujer calibra fríamente a un hombre. Kermadec le envió una sonrisa que no obtuvo respuesta.

Terminó su vermut y pidió otro. Las dos mujeres se levantaron y pasaron junto a él para dirigirse al vestíbulo, dejando tras de sí una fragancia encantadora. Las fotografías que había visto de Odille Bastian-Chavrier no le hacían justicia: Valía mucho más.

Después de comer, el matrimonio subió a sus habitaciones. La mujer que había estado hablando con la esposa del físico, fumaba un cigarrillo sentada en su mesa, junto a la ventana.

Kermadec maniobró hasta hallarse cerca de ella. Confiaba en sí mismo. Sabía que las mujeres lo encontraban atractivo y estaba dispuesto a explotarlo en beneficio de su misión.

Tropezó ligeramente con la silla vacía.

—Perdón —dijo.

—No hay de qué.

La mujer era joven y atractiva, aunque no tan vistosa como *madame* Bastian-Chavrier. Ni iba tan elegante como la otra. Parecía..., ¿una secretaria, quizá?

Bien, adelante.

—Hermoso día —dijo.

—¿Sí?

—No es extraño en la Costa Azul, desde luego, pero ¡qué hermoso día!

—¿Sí?

No parecía haber posibilidades de avanzar por aquel derrotero.

Al fin y al cabo, y no debía olvidarlo, era un francés que llevaba muchos años fuera de la patria. Y era primavera, y estaban en la Costa Azul.

—Siempre he deseado conocer Niza, pero... he pasado mucho tiempo fuera.

—¿Sí?

—Apuesto a que sabe decir otra cosa que «¿sí?». Apuesto...

—¿Para qué habría de apostar? Sé decir otras cosas, pero no me interesa decirlas.

De una mirada había visto que sus ropas eran de ultramar. John casi podía seguir sus pensamientos. «Americano, quizá francés oriundo, en viaje de vacaciones».

La joven se puso en pie.

—Quisiera ir a Cap-Ferrat para ver la casa de Somerset Maughan. ¿Usted sabe...?

—Figura en todas las guías.

—Oh, bueno, ya lo sé. En realidad... En realidad era un medio de entablar conversación.

Y empleó su arma secreta número uno con las mujeres. Una sonrisa entre amistosa y humilde. Sabía que esa sonrisa era capaz de abrirle muchas puertas, y que pocas veces fallaba.

Esta vez tampoco falló.

—¿Americano?

—No, no. Pero he vivido mucho tiempo en los Estados Unidos. Ésta es la primera vez que vengo a Francia desde hace quince años.

—La encontrará muy cambiada.

El hielo se había roto en parte. Salieron juntos al Paseo de los Ingleses.

—Espero que no la moleste. Estoy un poco desorientado. Ya sabe, a uno le gustaría que no le tomaran por turista, sino por alguien que ya ha estado en estos sitios. Esta mañana la vi en el bar.

—¿Ah, sí?

—Sí. Bueno, yo voy a estar algún tiempo en la Costa. Supongo que nos volveremos a ver. Usted se aloja en el hotel, claro.

—Sí. Y ahora, *monsieur*, tengo que marcharme.

—Oh, lo siento. Bueno, supongo que nos volveremos a ver.

—Seguramente. Adiós.

Bien, la cosa estaba hecha. Empleó parte de la tarde en pasear por la ciudad vieja y los jardines del castillo y volvió a la hora del té. Y allí estaban los tres sentados en una de las mesas.

Pasó junto a ellos y se inclinó ligeramente ante la muchacha. Ella correspondió a su sonrisa y se volvió para hablar con sus acompañantes. Cuando terminaban, Kermadec se acercó a ellos.

—Tenía usted razón. El castillo es precioso.

—¿Yo? No recuerdo haber dicho nada de eso.

—¿No? Oh, debo haberme confundido... Lo siento... Bueno, de todas formas, es una vista maravillosa.

La joven alzó una mano al aire.

—No, no lo dije.

—Dispense. Mi nombre es Franc.

Bastian-Chavrier alzó hacia él dos ojos claros.

—El mío, no.

Kermadec lo miró irresoluto y luego rompió en una gran carcajada.

—¡Estupendo! —dijo—. Estupendo.

—¿Qué le hace reír?

—Eso: «El mío, no». Estupendo, estupendo de verdad.

Luego se puso serio.

—Comprendan, no quiero molestar. He hablado con la señorita esta tarde unos minutos... Ustedes dispensen.

—No estamos molestos —dijo *madame* Bastian-Chavrier.

—No, intrigados —respondió su marido ceñudamente.

—¿Intrigados? ¿Por qué?

—Oh, bueno, déjelo.

—Lo siento, buenas tardes.

No fue sino hasta la mañana siguiente cuando encontró solo al físico, en el bar, delante de un *whisky*.

—Oiga, no quise molestarles, en serio. No quisiera que me tomaran por un patán.

—¿No? ¿Por qué le gustaría que le tomaran entonces?

Kermadec pidió un *whisky* y dijo:

—No, en realidad, por nada, sino por lo que soy. Un comerciante de vinos.

El físico lo contempló con el ceño algo menos fruncido.

—¿Sí? ¿De dónde?

—De California.

—Me lo imaginaba. En los Estados Unidos no hay vinos. Hay agua teñida.

—Por eso los importo de Francia. Pero, no crea, están haciendo buenas cosas allá, con cepas importadas. España, Francia, Italia, Grecia... Buenas cosas.

—Los americanos —dijo el otro—. No saben beber. Consumen, solamente.

—Bueno...

—Les he visto mezclar el Mosela con el Burdeos y tomárselo como si fuese agua.

—Bueno...

—Y me revientan los americanos. ¿Usted es americano? Habla demasiado bien el francés.

—Soy francés. Mi nombre es Franc... Y no me diga que el suyo no. Es un buen chiste, pero ya lo dijo antes.

—No lo pensaba repetir. No repito las mismas cosas a las mismas personas.

Bebieron el *whisky* y Kermadec pidió otros dos.

—Es mi ronda —dijo. Y viendo que el otro le miraba con extraña expresión:

—¿Le ocurre algo a mi corbata?

—No. Salud.

—Salud.

Madame Bastian-Chavrier los sorprendió en el tercer *whisky*.

—Mi esposa. Este americano que tienes delante, no es americano, sino francés y comercia en vinos. ¿Verdad que no lo

parece?

—No, en absoluto. Pero, ¿como debe ser un comerciante en vinos, Berthold?

—Rollizo, coloradito y no bebedor de *whisky*.

—Lo siento. Me gusta el *whisky*, y me gustan los vinos, pero no me pongo coloradito. Por cierto, la señorita que estaba con ustedes...

—¿Dirige hacia ahí sus tiros, *monsieur*?

—Mi nombre es Franc. Oliver Franc. Y no dirijo los tiros hacia ninguna parte. Sólo que..., no me gustaría que creyera que soy un patán. La vi sola, fumando en una mesa y ya saben ustedes... «Qué hermoso día... tal y cual». Para romper el fuego.

Bastian-Chavrier frunció las cejas.

—Esa señorita es mi secretaria y está demasiado ocupada para «tal y cual».

—Oh, lo siento.

—Y si sabe usted distinguir un Chateau-Yquem, cosecha 1914, de un Pommery...

Kermadec se irguió con aspecto un tanto humillado.

—Comercio en vinos, *monsieur*, pero estoy de vacaciones. No soy un viajante, si es lo que quiere dar a entender.

—Mi marido no ha querido ofenderlo, *monsieur* Franc, pero no le gusta que le roben a su secretaria.

—No pensaba robársela. Sólo que estoy aquí en vacaciones, y... Bueno, no quiero molestarlos.

—No nos molesta, ¿verdad, querido?

—Está bien, está bien, no nos molesta. Sigán ustedes charlando. Yo tengo que hacer.

Y los dejó solos sin una palabra de excusa.

—Lo siento —dijo John—. Su esposo parece ofendido.

—Es su estado habitual. Siempre parece ofendido aunque no lo esté. No se preocupe. ¿Quiere pedir algo para mí?

—¿Por ejemplo? —John se inclinó solícito hacia ella.

—Un martini rojo y dulce.

Hubo un silencio mientras le servían.

—¿De veras le interesa Bertha?

—¿Quién?

—Bertha. La secretaria de mi marido.

—Pues..., es..., muy atractiva, ¿no?

—Puede ser. Sí, a quien se lo parece.

Ella estaba mirando hacia atrás. Un hombre de pequeña estatura, vestido con un traje oscuro, estaba en la puerta. Sus ojos eran rasgados y sus pómulos salientes. Un oriental. Un chino, quizá. Kermadec se sentía inclinado a considerarlo así, aunque no resultaba demasiado fácil para un occidental establecer la diferencia entre un japonés o un chino a primera vista.

—¿Lo conoce?

—Oh...

Ella no había respondido. Pero la mano que apretaba el vaso se puso blanca.

—¿Decía que le interesaba Bertha? Está terriblemente ocupada.

—Bueno, quizá le quede algún resquicio para dar un paseo por...

—No lo sé, mucho me temo que no. Mi marido es terriblemente absorbente.

Bebió el martini de un trago y se bajó del taburete.

—Gracias por la bebida. Ya nos veremos, *monsieur* Franc.

Y se dirigió hacia la salida. El oriental, después de la distraída mirada al bar, había desaparecido.

Kermadec salió al vestíbulo, andando lentamente, como hombre que tiene todo el tiempo por delante. El encargado de recepción le hizo una discreta seña.

—¿*Monsieur* Franc? Correo para usted.

—Gracias.

Cogió la carta que llevaba el membrete de una casa comercial de Pasadena y la abrió.

La leyó rápidamente y se la guardó con descuido en el bolsillo. En la carta le comunicaban que se había presentado una dificultad con uno de los proveedores y que quizá podría solucionarla durante su estancia en Francia.

Pero Kermadec había traducido ya la clave. Dificultades. Dificultades. En el próximo correo le hablarían de ellas. En clave, también naturalmente. Pero...

Subió a su habitación. Apenas había entrado en ella cuando el teléfono sonó.

—¿*Monsieur* Franc?

Reconoció la voz al instante. Bertha, la secretaria de Bastian-Chavrier.

—¿Sí? ¿Quién pregunta?

—Soy Bertha. Ha preguntado usted por mí a *madame* Bastian-Chavrier.

—Ah, pues..., sí.

—Estoy muy ocupada, *monsieur* Franc.

—Bueno, ya lo supongo. Bien, no deseo molestarla.

Pero en la voz de ella había quedado abierta la puerta. «Estoy muy ocupada...». Pero..., «hable usted, quizás haya alguna posibilidad...».

—Lo siento, de veras, pero ¿las veinticuatro horas?

—Pues..., casi.

—Bien, en ese caso...

—Además, no debe usted..., andar preguntando por mí. Tengo un número de teléfono personal y suelo contestar a las llamadas agradables.

—¿Y la mía lo sería?

—Pues..., lo ignoro aún. Depende.

—La llamaré. ¿A las siete, quizá?

—Quizá. Puede probar.

—Gracias.

Colgaron.

La secretaria de Bastian-Chavrier. Bien, podría ser una solución, quizá. Una secretaria sabe cosas que a veces ignora hasta la misma esposa.

Quizá...

Pero..., había dificultades. No debía olvidarlo.

Cogió el auricular.

—Recepción, por favor.

—Recepción, a sus órdenes, *monsieur*.

—¿A qué hora llega el próximo correo?

—A las seis, *monsieur*.

—Gracias.

Colgó. En él llegaría algo. La explicación de cuáles podían ser las dificultades.

Se cambió de traje. Bien, fuesen cuales fueran las dificultades, el caso es que apenas había podido entablar contacto con Bastian-

Chavrier. Y tenía que hacerlo forzosamente.

Cuando llegó a recepción, el empleado se inclinó hacia él:

—Una dama ha preguntado por usted, *monsieur*.

—¿Una dama? ¿Quizá la señorita Bertha...?

Ignoraba el apellido, pero dejó colgando la pregunta. El empleado movió la cabeza sonriendo:

—Oh, no, *monsieur*. Otra dama. No se aloja en el hotel.

—Ah. Bueno, si vuelve a preguntar por mí, ¿quiere avisarme?

—Sí señor —respondió el empleado guardándose el billete que Kermadec le tendía.

—Y... este..., dígame. La señorita..., la secretaria de *monsieur* Bastian-Chavrier, ¿está en su habitación?

—¿Quiere que le llame?

—Oh, no, sólo quería saber si había salido.

—Pues..., no.

—Gracias.

Le alargó otro billete de diez nuevos francos, que desapareció con la misma rapidez y elegancia del primero. Aquellas propinas no eran desusadas en el «Westminster», pero tampoco despreciables.

Se dirigió hacia el bar. Exactamente igual que haría cualquier turista americano, esperando que llegase la noche para dar un paseo y volver al bar.

Exactamente igual.

CAPÍTULO III

La carta llegó puntualmente en el correo de la tarde. Kermadec, que se había puesto una chaqueta clara a cuadros negros y unos pantalones oscuros, con una corbata de lazo, lo abrió en su habitación. La carta era una continuación de la del mediodía, pero él conocía perfectamente el orden en que debía leer ciertas palabras y letras. Lo tradujo, lentamente. Quedaba así, una vez traducida la clave:

«*Madame* Franc en Niza. Precaución».

Nada más.

Madame Franc, la esposa de Oliver Franc, el comerciante en vinos de Pasadena, California. Kermadec apretó la carta entre sus manos, fuertes y bien cuidadas. ¿Dificultades? Y grandes. ¿Cómo diablos no habían pensado en ello los que eligieron al comerciante para proporcionarle a él su pasaporte?

Recordaba las palabras de Meraulton.

«Oliver Franc está casado, pero su matrimonio no ha sido demasiado feliz ni unido. Dificultades conyugales los llevaron a separarse amistosamente. *Mistress* Franc pasea por Europa una soledad, atemperada por los cheques que su marido le envía con bien calculada frecuencia, para que lo deje en paz».

Madame Franc.

Y una mujer había preguntado por él...

Prendió fuego a la carta, la dejó consumirse sobre un cenicero y tiró las cenizas al inodoro dejando correr después el agua. Volvía al salón cuando oyó unos ligeros golpecitos a la puerta.

Abrió. Una mujer alta, delgada, con ojos oscuros y cabello recién salido de las manos de una peluquera estaba en el umbral.

—Oliver, cariño... ¿Por qué no escribiste?

La mujer se alzó sobre sus tacones y le plantó un beso en la boca.

—Debiste hacerlo, perverso. Sabes que hubiera ido a esperarte.

Entró y cerró la puerta tras de sí.

—Éste..., bien, no pensé...

—Malo, más que malo, perverso, *darling*. Bien sabe que estaba deseosa de saber de ti. A ver, déjame que te mire... Por Dios si creo que estás más delgado. Sí, desde luego, lo estás.

Sus ojos no se apartaban de los de Kermadec. Éste dio un paso hacia atrás.

—¿De veras me encuentras más delgado?

—Claro que sí, *darling*. Y más... moreno. De piel, naturalmente. Pero ¿qué has hecho con tu cabello? ¿Lo has teñido?

—No, claro que no. El sol, cariño.

—¿Cariño? ¿De veras que me llamas cariño?

—Pues, sí. ¿Por qué no?

—Porque...

Ella hurgó en el bolso y sacó una cigarrera. Se colocó un cigarrillo entre los labios y los adelantó, formando un morrito.

—¿Fuego, *darling*?

—Claro.

Kermadec encendió. Justo en el momento en que la punta del cigarrillo comenzaba a prenderse, con un movimiento brusco, acercó la llama a la cara de la mujer.

Ésta lanzó una exclamación y se apartó. El cigarrillo cayó de su boca, sobre la alfombra.

John lo aplastó con el talón.

—¿Estás loco, *darling*?

—No. ¿Qué quieres?

—Pues...

Ella había retrocedido dos pasos.

—Quiero saber cuál es su juego. Simplemente, eso.

—¿Mi juego?

—Sí. Quiero saber por qué se hace usted pasar por mi marido.

Kermadec sacó un nuevo cigarrillo, lo encendió y se lo tendió a la mujer.

—Sin trucos ahora —dijo.

—¿Quién es usted?

—Un amigo de su marido.

—¿Por qué ha tomado usted su nombre?

—Déjeme ver su *carte d'identité*.

Ella sacó el pasaporte y se lo enseñó. Kermadec lo estudió atentamente.

—Bien. Es usted *mistress* Franc, en efecto.

—Pero..., ¿y usted, quién es?

—Ya se lo he dicho. Un amigo de su marido. ¿Qué hago aquí? Divertirme.

—¿Una mujer? Usted está tratando de ayudar a alguna sucia treta de Oliver. Y eso es algo que no estoy dispuesta a consentir.

—¿No?

—Claro que no.

—Pero usted acepta los cheques de su marido.

—Claro que sí. Me lo debe. Si quiere divertirse, allá él, pero lo que ha venido a hacer aquí es a espiarme. Sí, lo que quiere es averiguar si de ese modo puede lograr pruebas contra mí para conseguir el divorcio.

—No.

—Sí. Pero no lo va a conseguir. ¿Qué cree usted que le ocurriría si yo le dijese al comisario que usted está viajando con un pasaporte falso?

—Me pondría usted en un buen aprieto. Pero supongo que esto puede tener un arreglo.

—Sí, diez mil dólares.

—¿Tanto?

Kermadec sonrió agradablemente. La cogió del brazo.

—Escuche, la verdad es ésta: A usted le costaría algún tiempo hacer comprobar mi pasaporte. Pero si acepta una cantidad..., digamos mil dólares, bajo su palabra de no decir nada, todo puede quedar arreglado.

—¿Cree usted que estoy pidiendo limosna, cerdo?

—Dios me libre. Dos mil dólares.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Qué juego es el suyo?

—Divertirme. Y como no puedo hacerlo con mi nombre, pedí a su marido que me prestase su pasaporte. ¿Dos mil dólares?

Ella estuvo durante un corto rato mirándolo con la misma expresión.

—De acuerdo. Dos mil.

Tendió la mano.

—No pensará que llevo esa cantidad encima. Pero puedo hacerle una transferencia bancaria...

—No. En efectivo y..., sin recibo de ninguna clase. ¿Qué cree, que soy tonta? ¿Cree que quiero que quede constancia de que un tipo cualquiera me ha pagado dos mil dólares? Un abogado listo sacaría de eso consecuencias que no quiero que saque. En directo, amigo, y... en metálico.

—Conformes. Pero necesito dos días. Por lo menos. Yo diría que tres por lo menos.

—Dos. Ni uno más.

—Está bien, está bien. Mi aventurilla me va a costar mucho más de lo que yo había pensado, pero..., peor sería que se enterase mi esposa.

—Así que es usted casado. Los hombres me dan asco.

—En cambio, las mujeres, Dios las bendiga, son todas distintas.

—Cerdo..., Bueno, ya lo sabe. Dentro de dos días..., y no intente ningún truco, porque le saldría mal. Dos días. Escribiré una carta al puerco de mi marido y a un amigo periodista que tengo en el «Courier» de Pasadena. El se encargará de airear su «aventurilla» y de que su esposa se entere.

Hizo una pausa.

—¿Detrás de quién anda usted? ¿De esa rubia gorda?

—¿Rubia gorda? ¿No sé a quién se refiere?

—A la secretaria del científico.

—Bueno, no es gorda, o no sé nada acerca de las mujeres, pero...

—¿Así que es ella? Si no fuera por los dos mil del ala, me gustaría conocer a la esposa de usted. Le diría un par de cosas que le harían saltar.

—¿Sobre Bertha?

—Sobre los hombres en general. Y sobre los franceses en particular. Aunque todos ustedes son iguales.

—Bueno, ya lo dijo. Y *mademoiselle* Bertha no es una gorda. Claro que comparada con cierto tipo de mujeres...

Un rubor penoso subió a las mejillas de la mujer.

—¿Intenta decirme que yo...?

—Oh, no, por favor no se sulfure. Reconozco que las delgadas tienen un encanto especial. Usted misma... No comprendo bien al viejo Oliver. Usted es una mujer condenadamente atractiva.

—No emplee esos trucos conmigo.

Pero estaba complacida. Su cara se distendió ligeramente.

—No son trucos, palabra. Y si no estuviera tan interesado en..., bueno, digamos en lo que me ha traído aquí... Usted me parece una mujer que...

Había dado dos pasos hacia ella. Sus ojos brillaban. La mujer retrocedió otros dos pasos. Pero si no estaba halagada, Kermadec no entendía nada de mujeres.

—No se acerque. Dos mil dólares, ya lo sabe.

—Lo sé. Y no crea que me gusta verla tan materialista.

—Los hombres en general y Oliver en particular, me enseñaron a ello.

—Hay hombres que no entenderían jamás a las mujeres.

Ella llegó hasta la puerta.

—Y no lo olvide. Dos días.

—No lo olvidaré. Aunque sólo sea porque así la veré de nuevo. ¿Cómo me pondré en contacto con usted?

—Pues... Yo lo veré.

—De acuerdo. Y..., ¿es que conoce usted a Bertha?

—Bueno..., algo.

—¿Ha hablado usted con ella ahora?

En los ojos de la mujer leyó la contestación. Afirmativa.

—¿Qué le importa eso?

—Pues..., bueno, ahora ya no mucho. Pero..., ¿lo ha hecho?

—No te importa. Oliver, cariño.

—Gracias, por lo de *cariño*. Pero, bueno, vamos a ver si ve las cosas desde mi punto de vista. Bertha...

—¿Cuánto tiempo hace que la conoce?

—Pues... poco, en realidad.

—¿Desde París?

«Cuidado, John».

—No, en realidad...

—Sólo hace seis meses que es la secretaria de ese científico. Usted la conocía de antes, ¿no?

—Bueno, yo...

—Los hombres son unos cerdos. Y usted tiene una esposa...

—Por favor...

—Cállese.

—Si yo hubiese sido el viejo Oliver no hubiera pensado en separarme siquiera de usted. Cuando me hablaba de usted..., bien me hice la idea de que debía ser usted una especie de harpía, pero..., el viejo John es un idiota.

El cebo era grosero, pero ella se lo tragó.

—Oliver jamás supo ver más allá de sus narices.

—Quiero volver a verla, aunque me cueste dos mil.

—Le costarán... Y me verá.

—De acuerdo.

Ella abrió la puerta, le dirigió una última mirada y luego salió definitivamente. John encendió un cigarrillo. Estaba pensando concentradamente.

Bueno había capeado el temporal. Dos días..., poco o mucho, según se mirase. Poco... Y humorísticamente se dijo que cuando las cosas se complicaban, a veces lo hacían de una manera muy curiosa. Como ahora.

Cogió el teléfono y pidió el número de la secretaria de Bastian-Chavrier.

La voz de la mujer llegó hasta él.

—¿Sí?

—Bertha, soy Oliver Franc. Por favor, no me diga que sigue demasiado ocupada.

—Pues..., no.

—¿Puede salir conmigo?

—Quizá.

—Se lo ruego.

—¿A qué hora...? Bien, necesito una para terminar mi trabajo.

—Conforme. Una hora, pero no más. Usted lleva aquí más tiempo que yo. ¿Dónde podemos ir a cenar y a bailar un rato?

—Pues..., en «Negresco».

—Conforme. A las ocho.

Hizo una ligera pausa.

—Tal vez tenga que retrasarme un poco, pero será muy poco.

—¿Quedamos un poco más tarde, entonces?

—No, no, usted vaya al «Negresco». Lo más seguro es que yo

esté allí a esa hora.

—Está bien.

A las ocho menos cinco, John Kermadec se puso los guantes y salió de su habitación. Se dirigió rápidamente hacia el piso inferior y se detuvo ante la puerta de la secretaria de Bastian-Chavrier. Llamó ligeramente con los nudillos. Como no respondieran sacó de su bolsillo el llavero. Era una carterilla de cuero, en cuya parte superior había un bolsillo disimulado. De él sacó una lámina de acero, fina flexible, pero de una gran dureza y la introdujo en la cerradura.

Abrió y se coló dentro.

La habitación era más pequeña que la suya. Una salita, y la puerta del dormitorio al fondo.

Siempre con los guantes puestos, se dirigió a ésta última pieza. Sobre la cama estaba el vestido con el que había visto a la muchacha la última vez.

Abrió el armario. Tres o cuatro vestidos, un gabán ligero, de entretiempo, pantalones, chaquetas, zapatos...

En un momento, lo revisó todo. Luego abrió el maletero y sacó la maleta de la joven. Estaba cerrada. Nuevamente cogió la laminilla de acero y la metió en el agujero de la cerradura. La hizo girar varias veces.

Nada.

La maleta no se abría.

Frunció las cejas ligeramente. Un entrenamiento perfecto le aseguraba que una maleta de tipo común como aquélla, debería poder abrirla con muy poco trabajo. Pero, nada.

En maletero había un gran bolso de viaje. La cerradura de este último resistió también. Esto ya resultaba demasiado extraño.

«Tenían que abrirse».

Y sin embargo... resistieron.

Aspiró profundamente. El perfume de la habitación era suave, fresco, pero de cierta intensidad. No lo conocía. Al menos, no conseguía localizarlo.

Los cajones del armario contenían la ropa interior de la muchacha. Los revisó, asegurándose de que cada prenda volvía a quedar en el mismo lugar que ocupaba antes, y doblada exactamente de la misma manera.

Nada.

Cerró el armario y lanzó una ojeada a su alrededor. Sobre una mesita, en la sala, había un bloc de taquigrafía y una máquina de escribir portátil. Tomó el bloc y lo revisó. Le faltaban bastantes hojas. Comprobó que no estaban numeradas y arrancó la de encima. Se la guardó en el bolsillo.

Luego, por fin, salió definitivamente.

Llegó al «Negresco» a las ocho y diez. Sentada en una mesa, Bertha fumaba un cigarrillo.

—Lo siento —dijo John—. Lamento mucho haberme retrasado tanto.

—No tiene importancia.

La mesa, como todas, estaba iluminada por una luz individual. Delante de la joven había un vaso con un líquido opalino.

—¿Qué bebe?

El camarero se había acercado.

—¿Cenamos aquí, o prefiere...?

—Cenamos aquí. Se está bien.

John encargó la cena, y como la orquesta estaba ya tocando, se puso en pie.

—¿Bailamos?

El cuerpo de la joven era extraordinariamente ágil y pesaba poco. John pensó en las palabras de la mujer de Oliver Franc. ¿Gorda? Ni pensarlo. Fuerte y perfectamente constituida, sí, pero gorda..., ¿dónde diablos tendría los ojos aquella chantajista?

Volvieron a la mesa. Los ojos de la muchacha se fijaron en la puerta.

Lentamente, John volvió la cabeza. Un hombre de cabello negro, muy bien peinado, con las manos en los bolsillos, miraba indiferente la escena que se desarrollaba ante su vista. Ojos oblicuos, pómulos salientes...

—¿Lo conoce?

—No.

Sobre una silla estaba el bolso de Bertha. Sobre él, la funda de los lentes. Con indiferencia bien estudiada, John la cogió.

—Tal vez si se las pone... Me ha parecido que usted reconocía a ese hombre.

—No.

El tomó la funda y sacó los lentes. Se los entregó a Bertha, con una sonrisa, volvió a guardarlos en el estuche.

—No ataque usted la vanidad de la mujer a la que acompaña o se encontrará con un demonio. No quiero que me vean con los lentes puestos.

—Palabra..., a veces creo que sí que soy un patán.

—No, pero...

Con el rabillo del ojo, John Kermadec vio que habían entrado los dos Bastian-Chavrier. El hombre del cabello oscuro se había eclipsado.

Tenían que pasar junto a ellos. John se puso en pie.

—Buenas noches. Si quieren sentarse... Parece que está esto más lleno que «North LaBrea» a mediodía.

—Gracias —dijo Bastian-Chavrier—. Se dejó caer en una silla y los contempló a todos con una semisonrisa.

—Ya me robó a mi secretaria, ¿eh?

—No, por cierto... Yo solo...

—No importa, no importa. Lo que haga en sus horas libres es cosa suya. Veamos, usted es comerciante en vinos...

—¿Hay necesidad de hablar ahora de negocios...?

—Oh, no son negocios. El vino es un placer.

—Berthold —dijo su mujer—. *Monsieur* Franc tiene razón. Dejemos eso. Pide el vino que quieras, pero olvídate de sus actividades.

—Además —dijo Kermadec con una sonrisa—, estoy en inferioridad de condiciones. Ignoro las actividades de *monsieur*. Y..., su nombre, incluso.

—Bastian-Chavrier. ¿Le dice eso algo? No, a un comerciante en vinos de Pasadena, California, no. Y, ¿sabe en qué me ocupo? En hacer... ¡boom!

—Lo siento. No comprendo.

—Hacer ¡Booom! Ayudar a que la mitad del globo terráqueo envíe a la otra mitad a reunirse con su Hacedor.

—Lo siento...

—Mi marido es físico nuclear —aclaró la mujer.

—Ah. —Había un gran respeto en el tono de Kermadec—. Eso debe ser muy interesante.

—Apenas —declaró Bastian-Chavrier con aire aburrido—.

Apenas. De acuerdo, sus actividades y las mías las dejaremos fuera de la discusión.

—Un físico nuclear..., he visto muchos en la televisión. No son... No son como usted, *monsieur*, si exceptuamos a Von Braun.

—Von Braun no es un físico nuclear, muchacho. No confunda a los fumistas con los fontaneros.

Hizo un gesto con el brazo.

—Pero ¡diantres, vamos a dejarlo estar!

Ya había bebido casi una botella entera de *champagne*. Sus ojos brillaban malignamente.

—Hemos venido aquí a divertirnos. Así que..., ¡booom! para todos. Bebamos y comamos, que mañana moriremos.

—Ayudados por usted, *monsieur*.

—Ayudados por mí, lo concedo. Es un placer poder acabar de una sola vez con tantos tontos.

—¿Bailamos, querido? —preguntó su mujer.

—Bailemos y comamos y bebamos. Tra-la-lala.

Cuando se alejaron danzando, Kermadec se volvió hacia su compañera:

—¿De veras es un célebre físico?

—De veras que lo es.

—¿Qué hace?

—Booom.

—No en serio.

—Completamente en serio. Está tratando de... Oh, bueno, sería muy largo de explicar. Y no estamos aquí para hablar de esas cosas.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero resulta mucho más interesante que comerciar en vinos, aunque todo tiene su importancia, ¿verdad?

—Verdad.

Kermadec se encontró mirando aquellos ojos color verde mar. El cuerpo de la muchacha descansaba en la silla, relajado, y la mano que sostenía el cigarrillo era fuerte y bella. ¿Gorda? ¿Dónde tendría los ojos aquella estúpida?

—Bailemos.

Tenía ganas de sentir de nuevo entre los suyos el cuerpo de la joven, pero ella movió la cabeza negativamente.

—No, por favor. Estoy muy a gusto.

—Lo comprendo. Bailo mal.

—Por el contrario, lo hace muy bien, pero... No tengo ganas de bailar.

Al alzar los ojos, Kermadec vio que el hombre del pelo oscuro y planchado estaba junto al bar, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Y los ojos de la joven se habían fijado en él.

«Conque..., ¿lentes? —pensó Kermadec—. ¿Para qué te pueden servir dos lentes con los cristales tan corrientes como los de una ventana?».

CAPÍTULO IV

—¿Cómo podría yo enterarme de dónde vive cierta dama? — preguntó Kermadec al conserje del «Westminster». El hombre miró los dos billetes de diez nuevos francos que John sostenía doblados entre sus dedos.

—Pues..., hay muchas maneras, *monsieur*. ¿La dama vive en Niza, tal vez?

—Sí..., creo que sí. Lo que no sé es si en un hotel o en una casa particular.

—Por ejemplo, *monsieur* puede preguntarme a mí.

—¿De veras? Eso sería estupendo.

—¿De qué dama se trata?

—No sé si vive aquí, pero está en Niza en estos momentos. Usted la ha visto. Preguntó por mí esta tarde.

—Sí, la recuerdo. ¿Conoce su nombre?

—No.

—Así es difícil, *monsieur*. Pero si *monsieur* no teme reparar en algunos gastos extras, podría tratar de enterarme.

—No me importa.

—En ese caso, pronto tendré noticias, *monsieur*. Puede usted descansar en mí.

—Ustedes saben todo lo que ocurre por acá, ¿eh?

—Procuramos servir a nuestros clientes con discreción y eficacia, *monsieur*.

Kermadec subió a su cuarto. Reprimió el deseo de llamar a Bertha por teléfono. No tenía excusa alguna para hacerlo, ya que la había acompañado hasta el hotel después de una noche un poco larga y extraña. En este momento eran la una y media.

Bastian-Chavrier se había emborrachado con gran habilidad y competencia. Su borrachera no había sido demasiado espectacular,

pero se las había arreglado para disputar con un *maitre* evidentemente impresionado por la calidad de su cliente, había insultado a Kermadec, llamándolo tendero y se había metido sin tasa con los Estados Unidos asegurando que más tarde o más temprano se verían en dificultades a causa de querer monopolizar la política internacional. Sólo había respetado a su mujer, la cual lo contemplaba con aprobación, en lugar de intentar sujetarle la lengua. Era evidente que el matrimonio se llevaba bien. Por esa parte, Kermadec comprendía oscuramente que no tenía nada que hacer. Había empleado con la mujer, mientras bailaba con ella, algunas de sus particulares artes de seducción, pero lo mismo hubiera podido emplearlas con la Sirena de piedra de Copenhague.

El conseguir dos mil dólares no era ningún problema. Iba bien provisto de cheques de viajero, pero estaba seguro de que *mistress* Franc sabía algo más. Había aceptado la rebaja desde diez mil a dos mil con demasiada rapidez. Comprendía que debía hablar con ella, pero no dar su nombre.

Resultaba evidente que lo había estado vigilando antes de presentarse a él. Y no vivía en Niza. Había venido de París. ¿Por qué tan oportunamente? ¿Alguien le había dicho que su marido estaba en la Costa Azul?

Y en este caso, ¿quién?

El teléfono sonó.

—¿Diga? ¿Diga?

Había alguien al otro lado. Alguien que no había colgado, pero que no contestaba.

—¿No dice? Pues al diablo. Llamar a estas horas...

Esperó un momento. Luego, colgaron. Suavemente.

Cuando dejó el micrófono estaba pensativo. Alguien había intentado saber si él estaba en su habitación.

—¡Diablos, estúpido de mí!

En la parte interior del armario donde guardaba sus trajes y las maletas, había dejado un «testigo», una pequeña tira de papel engomado transparente. Todo aquel que abriese las dos puertas del armario debería romper una fina tirita.

Abrió la puerta de la derecha y metió los dedos. La tirita estaba rota.

Alguien había entrado en su cuarto.

Abrió las maletas y les echó una ojeada. Todo estaba exactamente igual que cuando él lo dejó.

¿Todo?

No. El bote del tabaco para la pipa había sido molido. No lo habían vuelto a colocar con el dibujo en la misma posición en que él lo dejó. Estaba completamente seguro. El dibujo estaba al revés.

Sonrió torcidamente. Cuando a un agente del F.B.I., se le dan instrucciones, siempre se procura eliminar todos aquellos factores que puedan llevar a su descubrimiento por otros agentes enemigos. Lo habían hecho con él, pero alguien había sentido sospechas suficientes como para enredar en sus cosas.

¿La camarera? Quizá, pero se inclinaba a creer que no. Las camareras de los hoteles tienen muy buena memoria y mucha práctica para dejar las cosas como la encuentran, pero...

No, no había sido una camarera. Había sido otra persona.

Se encogió de hombros. Y luego lo habían llamado por teléfono, para asegurarse de que estaba en su habitación. ¿Para volver a registrar quizá?

Cogió el teléfono y pidió con la centralita del «Westminster»:

—¿Quieren decirme si la llamada que acabo de tener ha venido de afuera o de dentro del edificio?

—De fuera —respondió la empleada al momento.

—Gracias.

Lógico. Desde dentro del hotel sería facilísimo localizar la llamada.

Se desnudó y se metió en la cama. Pero antes, de un bolsillo interior de la maleta, sacó una pequeña pistola apenas mayor que su puño. Parecía un arma de juguete pero adaptándole un cañón supletorio, podía alcanzar una distancia muy superior a la que se podría conseguir con ella normalmente. Era un arma que había ordenado fabricar para él, exclusivamente, y que difícilmente aprobarían los técnicos del F.B.I. El era un técnico también y excelente.

Con ella debajo de la almohada, se durmió.

A la mañana siguiente, cuando bajó a desayunar, el conserje estaba en su puesto, impecable en su traje gris y con su inexpresiva cara habitual.

—*Monsieur* Franc, creo que tengo algo para usted.

Le tendió un papel doblado, con su mano enguantada. Kermadec lo cogió y lo abrió. Tenía simplemente dos líneas:

«*Madame* Silverio. “Hotel Cavallero”. 3, Avenue des Fleurs».

—¿Está seguro?

—Por completo, *monsieur*. Ejem... ha habido que hacer ciertos gastos extra.

—Que yo pagaré con mucho gusto si me dice a cuánto asciende.

—Ciento diez francos nuevos, *monsieur*.

Resultaba barato. Lo pagó y sin detenerse a desayunar, salió a la calle. Buscó un café con cabina telefónica y buscó en la lista. Cuando encontró el número de teléfono, llamó:

—¿*Madame* Silverio? —preguntó.

Una voz masculina dijo:

—Un momento, por favor. ¿Me quiere decir quién llama?

—Un amigo. ¿No está ella?

—Sí, desde luego, vamos a avisarla. No cuelgue, por favor.

Permaneció un momento a la escucha. Oyó varios ruidos, pero ninguno de ellos era el de la clavija insertada en un cuadro telefónico. Frunció las cejas.

La misma voz dijo:

—Se pondrá al momento, *monsieur*. ¿Puede darme su nombre?

—Un amigo —repitió Kermadec. Sentía un especial erizamiento del vello de la nuca. Aquella voz...

—Se pondrá en seguida, *monsieur*. No cuelgue, por favor.

Kermadec colgó, como si el teléfono le quemase. Aquella voz no se había expresado con la afabilidad casi untuosa de los conserjes de hotel. Por el contrario, tenía un cierto tono autoritario... que él conocía bien.

Alguien había estado tratando de averiguar de dónde procedía la llamada mientras lo entretenía.

Salió del café sin tomar nada y volvió al «Westminster». Algo había ocurrido en el «Hotel Cavallero». Algo y le gustaría saber qué.

—¿Está *monsieur* Bastian-Chavrier en su habitación? —preguntó al desgaire.

—No, señor. Salió hace unos momentos con *madame*. Me

pareció que se dirigían al puerto. Les oí referirse a ello.

—¿En un taxi?

—No, *monsieur*, en su coche.

—¿Les acompañaba la secretaria de *monsieur* Bastian-Chavrier?

—No, señor. Creo que está en su habitación.

Kermadec subió hasta el segundo piso y llamó a la puerta de la joven. Nadie contestó. Volvió a llamar y entonces llegó hasta sus oídos la voz de Bertha:

—¿Sí? ¿Quién?

—Abra, por favor. Soy Oliver.

—Un momento, por favor.

Tardó casi cinco minutos. Iba envuelta en una bata.

—¿No le parece un poco temprano, *monsieur*?

—Pues... No. Al parecer su jefe ha salido y pensé que usted y yo podíamos dar un paseo...

—Lo siento. Tengo que hacer.

No le había pedido que entrase. Eso podía ser normal en una mucha joven. Pero...

Lanzó una ojeada por encima del hombro de ella. La puerta del dormitorio estaba cerrada.

—¿De veras no le tienta un paseo por la playa, hasta la hora del baño?

—De veras que no.

—Está bien, en ese caso..., ¿la espero en la playa?

Ella dudó un instante.

—Sí, me parece bien. A las doce.

—De acuerdo, a las doce.

Fue hasta el puerto caminando. El Paseo de los Ingleses y el Muelle de los Estados Unidos estaban ya llenos de una multitud que iba y venía como una marea, esperando la hora del baño y la del aperitivo.

En la terraza de un café, junto a la aduana, vio al matrimonio. Estaban sentados en una mesita, en la acera, bajo un quitasol. Y... no estaban solos. El mismo caballero de ojos orientales que viera dos días antes en el «Westminster», estaba con ellos. Tomaban su vermuth tranquilamente, hablando.

La Avenue des Fleurs estaba cerca. Un paseo pequeño lo llevó hasta ella. Al desembocar en ella, vio que ante el número 3, del

«Hotel Cavallero», había uno de los inconfundibles coches negros «Citroen» de la policía. Varios gendarmes montaban guardia.

Pasó ante ésta, casi rozando a los gendarmes. Un grupo de gente se había detenido en la acera frontera y miraba hacia las ventanas.

Volvió al puerto. Los tres, el matrimonio Bastian-Chavrier y el chino ya no estaban en la terraza.

Bueno, fuera como fuese, tenía que volver al hotel para coger su traje de baño, ya que resultaba una tontería alquilar uno teniendo el propio.

Atravesó las puertas giratorias del «Westminster» y al instante comprendió que algo había ocurrido.

Junto al mostrador de recepción había un hombre vestido de paisano. Otros dos estaban sentados en los sillones del vestíbulo, y sobre los tres podía escribirse sin el menor riesgo a equivocarse la palabra *policía*.

Pasó por delante del mostrador, sin detenerse para preguntar si había correo. Ya lo haría más tarde... si le daban tiempo.

El policía que estaba junto al mostrador, le cortó el paso.

—¿*Monsieur*?

—¿Sí?

—¿Es usted *monsieur* Franc?

—Sí, yo soy.

—Quisiera hacerle unas preguntas. Policía judicial.

—Pues... desde luego, pero...

—Lo siento, *monsieur*, será cosa de unos minutos nada más.

Lo llevó a uno de los sillones y le hizo sentar. El tomó asiento en otro.

—*Monsieur*, ¿puede usted decirme dónde estaba usted esta noche... hacia las cuatro de la madrugada?

—Aquí, desde luego. Durmiendo.

—Ajá. Y..., ¿tiene usted pruebas de ello?

—Pues... duermo solo, inspector, pero el gerente puede decirle que regresé de la calle a eso de las dos y...

—Ya lo ha hecho, *monsieur*.

—Bueno, en ese caso... Además, ¿a qué vienen esas preguntas?

—Muy sencillito, *monsieur*. ¿Conoce usted a *madame* Silverio?

—Pues...

Los ojos del policía, eran agudos e inteligentes. Y duros.

Parecían poder ser muy crueles si su dueño se lo proponía. Era un hombre joven, moreno, de rasgos mediterráneos. Fino y duro como el acero.

—¿Quiere hacer memoria, *monsieur*?

Los gerentes y empleados de los hoteles como el «Westminster» no mienten jamás a la policía. Ésta puede molestarlos de muchas maneras. Comprendió que de nada servía tratar de engañarlos.

—Pues... sí.

—Ajá. Y bien, *monsieur*, ¿cuándo la ha visto usted por última vez?

¿Mentir? El recepcionista no le dejaría.

—Ayer, por la tarde.

—¿Dónde?

—Aquí. Pero ¿me puede decir a qué viene todo eso?

—¿Seguro que no la ha visto después?

—No, desde luego. Seguro.

—Ajá.

—Bueno, inspector ¿puede decirme qué ha ocurrido?

—*Madame* Silverio ha sido asesinada esta madrugada.

—¿Asesinada? ¿Pero... por qué? Y, ¿por quién?

—Eso es lo que tratamos de establecer, *monsieur*. Dígame, ¿de qué conocía usted a *madame* Silverio?

Así que probablemente no conocían su verdadera identidad. Bien, no sería él quién se la proporcionase. Pensó rápidamente.

—La conocí aquí, ayer por la tarde.

—¿Quiere decir en el hotel, *monsieur*? Ella no se alojaba aquí.

—No, no se alojaba aquí, desde luego. Pero ella me confundió con otra persona, al parecer. Deshice el enredo en seguida.

—Usted es francés, *monsieur*, aunque residente en los Estados Unidos. ¿Con quién lo confundió *madame* Silverio?

—Con otro Franc al que ella conocía.

—Pero usted, *monsieur*, quiso hacer algunas averiguaciones sobre ella.

—Hombre, inspector, estoy de vacaciones, ella es una mujer atractiva, y... pensé que... bueno, usted y yo somos hombres de mundo...

—Yo no. Soy policía, *monsieur*, no hombre de mundo.

—Bueno, sea como sea, el caso es que pensé que aunque no fuese yo la persona que ella creía... bueno, usted me entiende.

Claro que entendía, pero no quería demostrarlo.

—No lo comprendo. ¿Usted quería volver a verla?

—Sí, claro.

—¿Y ella no le había dicho quién era, ni dónde vivía?

—No, no lo hizo. Cuando le demostré que no era la persona que ella creía, se marchó. Por eso hice unas discretas... averiguaciones.

—Comprendo, *monsieur*. Bien, ¿va a permanecer usted mucho tiempo en Niza?

—Pues aún unos días, desde luego.

—Le ruego que no salga de la ciudad sin avisarnos *monsieur*.

—Claro que no. Pero, escuche, inspector, ¿no puede decirme qué ha ocurrido?

—*Madame* Silverio fue asesinada. La degollaron. Como un cerdo, *monsieur*.

—¡Qué horror! Por Dios ¿cómo es posible...?

—Todo puede suceder, *monsieur*. Bien, quedamos en que usted no abandonará la ciudad sin hacérselo saber, ¿verdad?

—No, claro que no.

El policía se alejó. Kermadec comprendió que en este momento sólo podía hacer una cosa. Se acercó al mostrador.

—Hombre, en buen lío me ha metido usted.

—Lo siento, *monsieur* —dijo el recepcionista encogiéndose de hombros—. La policía no es cosa de broma. Cuando me dijeron que alguien había asesinado a *madame* Silverio y que alguien había efectuado una llamada desde un local cercano aquí, comprenda, *monsieur*, consideré mi deber...

—Sí, sí, claro, pero ahora voy a tener a esos policías molestándome continuamente... No es nada agradable.

—*Monsieur*... estoy seguro de que *monsieur* no tiene nada que ver con el asunto. Se arreglará y *monsieur* podrá gozar de unas excelentes vacaciones en la Costa Azul. Estoy seguro.

—Escuche, vamos a ver, amigo. Usted consiguió las señas de la señora a la que han dego... a la que han asesinado. ¿Cómo lo hizo? ¿Se lo ha explicado a la policía...?

El otro sonrió con cierta superioridad.

—Por cierto que sí, *monsieur*. Los hoteles, *monsieur*, tienen un sistema casi... policíaco para averiguar cosas. Unas cuantas llamadas telefónicas, unos cuantos datos repetidos... Y ya está. Muy fácil, *monsieur*.

—Sí, ya lo veo. Fue así como descubrieron que yo andaba tratando de concertar una cita con esa señora. ¿No?

—Puede ser, *monsieur*. Sí, muy bien puede ser.

Se separó del mostrador. No tenía más remedio que comunicar con Washington, vía Pasadena. Ahora, probablemente su correspondencia sería censurada por la policía, si ésta era competente, y nada le hacía dudar de ello. Y si lo hacía, ellos tratarían de averiguar, si no lo estaban intentando ya, si él era Franc o no. Bueno, confiaba que en los Estados Unidos pararían bien el golpe y no lo venderían.

Subió a su cuarto y redactó una carta comercial, en clave. En ella les decía que habían surgido complicaciones y les explicaba qué clase de complicaciones.

Cuando la tuvo terminada, bajó para echarla al correo. Condescendientemente no la echó en un buzón, sino que la entregó en recepción para que la despacharan ellos.

Y una vez que lo hubo hecho recordó que había quedado citado a las doce con la secretaria de Bastian-Chavrier.

Cogió su traje de baño, su toalla y sus adminículos de playa y los metió en la bolsa. Así que *madame* Franc, si era ella, y hasta ahora no tenía motivos para dudarlo, se hacía llamar *Madame* Silverio y la policía no conocía su verdadera identidad o se la hubieran restregado a él por la nariz. ¿Cuánto tiempo tardarían en conocer que era un nombre supuesto y encontrar su verdadera identidad en París? ¿Cuánto? Y..., ¿tendría él tiempo para averiguar qué pensaba hacer Bastian-Chavrier antes de que la policía judicial se le echase encima?

¿Lo tendría?

¿O no?

CAPÍTULO V

Encontrar una persona en la playa sin haber establecido antes un punto de referencia, es tanto como intentar distinguir una de otra cualquiera de las conchas que se amontonan junto a la orilla.

Pero tuvo suerte. Saliendo de una de las casetas individuales, vio a la muchacha. Y menos que nunca comprendió las palabras de *madame* Franc. No solamente no estaba gorda sino que su cuerpo destacaba entre los de las demás bañistas. Y Niza abunda en tipos extraordinarios de mujer.

No llevaba bañador de dos piezas, sino de una sola. Ni una onza de grasa, músculos redondeados y suaves, pero bien marcados, piernas y brazos hechos a torno... John Kermadec, agente del F.B.I. y admirador de las mujeres bellas, no encontró en absoluto ningún defecto en aquel cuerpo espléndido y joven.

—Usted ha hecho mucho ejercicio —dijo acusadoramente.

Ella sonrió.

—Sí.

—Y lo ha aprovechado bien. Usted no se ha pasado toda la juventud sentada en una silla y tomando notas taquigráficas.

—No he perdido de vista la posibilidad de casarme algún día. Y hay que mantenerse en forma, ¿no?

—La suya es formidable.

Ella lo estaba mirando con sus ojos muy semejantes en su color al del agua del Mediterráneo.

—Gracias.

Kermadec sacudió la cabeza, como si quisiera apartar algo de su pensamiento.

—Me ha dejado usted asombrado.

—Basta ya, ¿no?

—Como quiera. ¿La he molestado?

—No, pero, basta. Usted tampoco ha perdido el tiempo.

—¿Verdad que no? Bueno pues yo no le digo que basta. Puede usted galantearme todo lo que quiera, Bertha. Por cierto que no conozco su apellido.

—Delambre.

—Bertha, siento haberme retrasado.

—No tiene importancia.

—Para mí, sí. No le costaría a usted mucho buscarme un sustituto. Por Dios que no le costaría gran cosa.

—No lo he buscado.

—Pero... Bueno, vamos a bañarnos.

Lo hicieron, hasta la una, en que volvieron al hotel. *Monsieur y madame* Bastian-Chavrier estaban en el vestíbulo, a punto de entrar en el comedor.

—Bertha —dijo Bastian-Chavrier—. La necesitareé toda la tarde.

—Eso es una mala noticia para mí —dijo Kermadec.

—¿Para usted?

El francés lo miró. Con las manos metidas en los bolsillos, se balanceaba sobre sus fuertes piernas.

—¿Por qué no se cita usted con la policía y sale a pasear con los dos agentes bajo la luz de luna?

—No entiendo...

—Pues aprenda a entender. Y déjenos en paz, ¿quiere?

—Yo...

—Fíjese. Aún se lo estoy pidiendo casi por favor. Pero si insiste en rondarnos, hablaré con la policía. Las noticias corren, amigo, y a mí no me gustaría verme importunado por los gendarmes a cuenta de sus aventuras amorosas.

Le volvió la espalda y penetró en el comedor seguido de su mujer y de Bertha.

Kermadec comió solo, en una mesa. Cuando subió a su cuarto, marcó el número de Bertha. Ella contestó:

—¿Sí?

—Escuche, quiero explicarle...

—No hay nada que explicar, *monsieur*. Y tengo trabajo, por favor.

—Escuche, se trata de...

Ella colgó.

«Bien», pensó Kermadec. Estás listo, al menos por el momento.

Ya ha hablado el conserje o bien la policía a estado haciendo preguntas. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Qué demonios vas a hacer ahora?

Apretó las fuertes manos. Sí, podía hacer una cosa. Era peligrosa, y se exponía mucho, pero... podía hacerla.

Salió a la calle, y se aseguró de que nadie lo seguía. Al menos, su avezado instinto y sus costumbres policiacas, le aseguraron un noventa por ciento que nadie lo seguía.

Dio un paseo, bastante largo, entró y salió en varios sitios: en el Museo Massena, abierto todo el día, en los jardines de Alberto I, y por fin se metió en una cabina telefónica.

Se puso un pañuelo ante la boca, y llamó al hotel. Pidió con la habitación de *monsieur* Bastian-Chavrier.

La cultivada, pero seca voz del francés, llegó a sus oídos.

—¿Quién habla?

—¿*Monsieur* Bastian-Chavrier?

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Sé lo que ha estado usted haciendo. Estoy enterado de todo.

Hubo un breve, muy breve silencio.

—¿Quién llama? ¿Qué tonterías está usted diciendo?

—No importa quien llame. Le digo que estoy enterado de todo y necesito dinero. Tiene usted que proporcionármelo o le diré a la policía lo que sé.

Otro silencio, esta vez perceptiblemente más largo.

—¿Qué diablos quiere? Vamos, hable.

—Dinero. Si no me lo entrega usted mañana por la mañana en el lugar que le indicaré, iré con el cuento a la policía.

—Puede usted ir donde le parezca bien. Yo mismo llamaré a la policía y les diré...

—¿Sí? ¿Seguro, *monsieur*? Bueno, usted sabrá lo que hace, pero si mañana por la mañana no tiene usted preparados diez mil francos nuevos, se va a ver en un lío. Le digo que lo sé todo.

—¡Váyase al diablo!

—Usted verá lo que le conviene, *monsieur*. Y lo que le pido es muy poco. Si tarda en entregármelo o avisa a la policía, se va a ver en líos. Ahora ya lo sabe.

Y colgó. Volvió al hotel, andando lentamente, y se instaló en el café de la Paix, frente a la puerta del «Westminster».

Bebió dos *whiskys*. La tarde iba cayendo lentamente. Hacia las siete, hizo acto de presencia en el vestíbulo del hotel y pudo ver a Bastian-Chavrier, junto con su esposa, hablando en uno de los rincones. El francés parecía tranquilo, pero vigilante.

Volvió a salir y en el Paseo de los Ingleses alquiló un coche sin conductor. Eligió el más rápido que tenían, uno cubierto, y volvió al café de la Paix.

Por fin, a las ocho y media, cuando ya era casi de noche, vio salir al matrimonio. Iban solos.

Subieron a su «Simca», y Kermadec los siguió lentamente, con los protectores azules contra el sol bajados para evitar que le vieran la cara si miraban hacia atrás por los retrovisores.

El coche rodó lentamente por el paseo hasta los jardines de Alberto I, y allí se detuvieron en un café. Tomaron un refresco sentados en una terraza. Poco más tarde volvieron a subir al coche y siguieron por la Explanada del general De Gaulle, el Muelle Sebastián, Boulevard Risso, y allí volvieron a parar, al fin.

Entraron en el Café Sebastián, y Kermadec continuó dentro del coche.

Solamente salió Bastian-Chavrier. Kermadec frunció las cejas. En el momento en que ponía el coche en marcha, observó que detrás de él venía otro. Ya había registrado con el subconsciente el hecho de que un «Ondine» de color azul oscuro se había colocado varias veces detrás del suyo. Coches de ese color hay muchos, pero por si acaso, trató de fijarse en la matrícula. Era inútil se mantenía demasiado lejos. Sólo pudo ver que los dos últimos números eran 47. En ese momento no recordaba a qué Departamento pertenecía esa cifra.

El «Simca» de Bastian-Chavrier salió de la ciudad y ascendió por la carretera de La Turbie, pero no llegó muy lejos.

A ambos lados de la carretera, mezclados con las villas, hay varios paradores y bares. Bastian-Chavrier sí detuvo en «John's»

y permaneció dentro de él durante media hora. Eran las diez cuando emprendió de nuevo la marcha.

Kermadec miró hacia atrás. No veía al «Ondine» azul por parte alguna.

Al llegar a Laghet, la carretera hace un brusco recodo a la

izquierda para dirigirse a La Trinité. Y en esta hay una disyuntiva, la de volver a Niza, o continuar hacía l'Escarene.

Bastian-Chavrier tomó esta última.

Kermadec lo comprendió. Simplemente, estaba dando vueltas, quizá esperando.

¿A qué?

Pasaron por

l'Escarene

y comenzaron a ascender el Col de Braus, donde la carretera se retuerce sobre sí misma alrededor de la montaña.

Sospel. Y de nuevo hacia el sur, por la carretera de Menton.

Afortunadamente, había muchos coches en la carretera, de lo contrario, y con toda aquella serie de quiebros, Bastian-Chavrier podría haberse dado cuenta de que lo seguían.

Eso lo llevó a pensar en el «Ondine». No lo veía, pero había varios coches detrás de él que lo deslumbraban con sus faros.

Y por fin, en Grammonde, en la falda de la montaña Bastian-Chavrier paró.

Lo hizo ante un mesón típico, en el que servían sopa bouillabaise y pulpo. Desde el coche, Kermadec vio cómo el físico consumía un plato de la primera y luego volvía a salir.

A Kermadec aquello le recordaba sus primeros tiempos de agente del F.B.I., cuando casi todo su trabajo consistía en vigilar y vigilar a personas que trataban de evitar ser vigiladas.

Menton, por fin. Y ya eran las doce, porque había hecho el viaje más bien despacio.

Kermadec se preguntó si ahora Bastian-Chavrier seguiría hacia la frontera italiana o volvería hacia Montecarlo y Niza. Hizo esto último.

Pero solamente el tiempo suficiente como para coger el camino secundario que conduce a Saint Angès.

Pese a lo delicado de la situación, Kermadec estuvo a punto de echarse a reír. Continuaba el juego del tío vivo.

El camino atravesaba villas de lujo, alternadas con casitas de labor. Y ahora Kermadec tenía que ir muy detrás, so pena de que el otro viera que lo seguían, ya que el tráfico allí era bastante escaso.

Por fin, Bastian-Chavrier tomó un caminillo transversal que

conducía a una casa en la que sólo había una luz en el porche.

Y se detuvo.

Kermadec sólo tuvo el tiempo suficiente como para continuar la marcha medio centenar de yardas, hasta encontrar un ensanchamiento del camino, y frenar allí.

Apagó las luces y descendió del automóvil.

Volvió sobre sus pasos y se encaminó por el sendero. El «Simca» de Bastian-Chavrier estaba parado muy cerca de la casa.

Con gran sigilo, y mientras allá, abajo, a lo lejos, veía las luces de Montecarlo y de la bahía, como un joyero, Kermadec anduvo hasta la casa.

La alcanzó. Un jardín muy cuidado se extendía ante ella, protegido por una cerca de ladrillos y piedra.

Dudó un momento. ¿La puerta?

No. Exponiéndose a que hubiera perro, saltó la valla aupándose sobre los fuertes brazos y con una flexión ágil se encontró dentro del jardín.

Había una luz en una de las ventanas bajas de la villa.

Se aproximó a ella con toda clase de precauciones, alegrándose de llevar puesta una camisa oscura y una chaqueta oscura también, que dificultarían la visión de los de dentro. Si se le hubiera ocurrido ponerse una camisa blanca, alumbraría como un faro.

La ventana estaba abierta. Hasta él llegaba el sonido de dos o tres voces, no estaba seguro, y tampoco podía distinguir las palabras.

Pero no podía acercarse más. Los que hablaban estaban en aquella misma habitación.

Permaneció así casi durante un cuarto de hora. Luego, la voz de Bastian-Chavrier llegó hasta él, y esta vez pudo distinguir claramente las palabras.

—De acuerdo, mañana por la tarde. No, no, estoy preocupado.

Y el ruido de una puerta.

Kermadec dio un rápido giro sobre sí mismo para hundirse entre las sombras de la esquina. La puerta se abrió y una ligera luz azulada salió por ella hasta el jardín.

Bastian-Chavrier salió y se dirigió a su coche. Lo puso en marcha y el «Simca» retrocedió de espaldas para salir a la carretera secundaria.

Un momento después se había perdido de vista la luz de sus pilotos.

Kermadec salió de las sombras apenas se cerró la puerta y se dirigió a la valla.

—No se mueva.

Kermadec se volvió como si le hubiera picado una serpiente.

—He dicho que no se mueva.

Algo muy duro se estrelló contra su hombro. De no haber apartado la cabeza, el golpe le hubiera alcanzado de lleno en la sien derecha.

Ante sí había un hombre, más bajo que él, pero extraordinariamente ágil. Cuando el puño de Kermadec se dirigía al estómago de su enemigo, éste retrocedió, como si bailara sobre sus pies y algo muy duro entró en contacto doloroso con los músculos de su brazo.

El canto de una mano.

El brazo se le quedó dolorido, casi inservible. Kermadec, con un ahogado juramento, echó mano a la pistola que llevaba en el bolsillo, pero ya su enemigo se le venía encima con un apagado grito de aviso.

No llegó a sacar la pistola. El cuerpo del otro chocó contra él, y ambos cayeron a tierra. Con el rabillo del ojo vio cómo la puerta de la casa se abría de nuevo, inundándolo todo con aquella luz azulada y otro hombre avanzaba por el caminillo para incorporarse a la lucha.

Su mano izquierda encontró una garganta y apretó con todas sus fuerzas. Un gemido ahogado, y luego un golpe en la espalda que lo derribó hacia adelante.

Se revolvió en el suelo, pero ahora eran dos los que estaban junto a él golpeando como demonios.

Se zafó de un nuevo golpe de canto de una mano extraordinariamente dura que lo alcanzó en las costillas, cuando evidentemente iba dirigido a su cuello.

Se puso en pie y al instante uno de sus enemigos se le agarró a las rodillas. Perdido el equilibrio, cayó a tierra, y en ese momento un golpe lo alcanzó de lleno en la cabeza. Y esta vez no había sido con el canto de una mano, sino con algo bastante más duro.

Perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró estaba en la más completa oscuridad. Intentó alzar un brazo y encontró que los tenía ambos atados a la espalda.

Atado como un salchichón, fue el primer pensamiento que le vino a las mientes. Como un verdadero salchichón.

Una rabia fría, una cólera blanca, lo asaltó. Había caído en una trampa estúpida, cuando era él quien había pretendido montarla.

Una trampa. ¿Es que acaso Bastian-Chavier se había dado cuenta de que lo seguía y había advertido a los habitantes de la casa? ¿Había sido eso?

¿O simplemente lo habían descubierto por casualidad, o porque tenían una guardia montada en torno a la casa?

Fuera como fuese el caso es que ahora estaba prisionero, aunque aún no tenía ni la menor idea de en manos de quién.

Ni siquiera sabía qué hora era. La cabeza le dolía como si le hubiesen metido un tornillo en ella.

La puerta se abrió y una bocanada de luz penetró en el cuarto hasta él. Estaba en una habitación cuadrada, desprovista de muebles. Un par de cajones vacíos y nada más.

La luz de una linterna le enfocó directamente a los ojos.

—Ya está despierto —dijo una voz suave—. ¿Me puede oír?

—Sí —dijo Kermadec.

—¿Qué estaba usted haciendo en el jardín de la casa?

—Creo que me perdí. Simplemente... quería preguntar la dirección de Menton.

—¿Nada más?

—Nada más, desde luego. ¿Por qué me han atado ustedes?

—Hay que poner fuera de combate a un individuo cuando se supone que es un asaltante o un ladrón. ¿No le parece, *monsieur*?

La linterna seguía enfocada contra su cara, y ello le impedía ver las caras de los hombres. Porque eran dos. ¿Los mismos que le habían atacado en el jardín?

—Así que se perdió y quería preguntar la dirección. ¿Piensa usted que nos lo vamos a creer?

—¿Por qué no? Es la verdad.

—No somos idiotas, *monsieur*. Usted no se ha equivocado. Usted ha venido aquí para robar en la casa. Seguramente. Ha habido muchos casos de robo últimamente en la Costa Azul. Usted es un ladrón y lo vamos a entregar a la policía.

—No soy un ladrón. Están ustedes equivocados. Y si apartan esa linterna de mi cara y me desatan, puedo demostrárselo.

—¿Sí?

—Naturalmente.

—Bien, veamos.

La linterna se acercó a su rostro. Unas manos lo registraron rápidamente.

—No lleva documentos —dijo la voz.

La linterna se movió bruscamente e iluminó un solo instante una de las caras en su parte inferior. Lo había supuesto, por el tono de las voces aunque su francés era excelente. Aquel hombre no era europeo.

—¿Lo ve? Usted ha venido aquí a asaltar la casa.

Kermadec se obligó a reír.

—Le aseguro que están ustedes completamente equivocados, caballeros...

—Bien, en ese caso, naturalmente, no tendrá usted inconveniente en que la policía lo aclare todo.

—Pues naturalmente. Me he dejado los documentos en Menton, pero la policía... Bueno, tal vez no sea necesario. Si uno de ustedes me llevase hasta la ciudad, podría proporcionarle la seguridad de que no soy un asaltante.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Piensa usted que somos tan tontos? Ha invadido usted nuestra casa, y ahora quiere un viajecito gratis hasta Menton. No está mal la idea. Pero sintiéndolo mucho, no podemos acceder.

—En ese caso... No sé lo que vamos a hacer. Si quieren ustedes llamar a la policía...

—No vamos a tener otro remedio, *monsieur*. Pero antes, ¿por qué no nos dice usted lo que estaba haciendo en nuestro jardín?

—Pues, ya se lo he dicho...

—No, la verdad.

—La verdad es...

Una de las manos apareció en el foco de luz y golpeó la cara de Kermadec. Cada uno de aquellos largos dedos parecía un látigo pequeño pero extremadamente doloroso. Sintió un calor de fuego recorrerle la mejilla.

—Avisaremos a la policía, naturalmente, pero después de haberle interrogado con menos amabilidad que hasta ahora, debido a su renuncia, *monsieur*.

—En ese caso la policía tendrá algo que decir acerca de sus métodos.

—Oh, todo se explicará si tenemos en cuenta que tuvimos que reducirlo por la fuerza. Usted se comportó como una auténtica asaltante cogido «in-fraganti» y en la lucha que siguió...

Nuevamente le golpearon, con más dureza esta vez. En las mejillas, en el cuello, hasta que oleadas de un dolor casi insoportable le corrieron por la columna vertebral abajo.

Aquellos animales sabían bien dónde tenían que dar para hacer el mayor daño posible.

Y lo hacían.

Por fin cesaron en sus golpes.

—¿Se muestra usted un poco más inclinado a hablar, *monsieur*?

—No, porque les he dicho la verdad.

—En ese caso, y sintiéndolo mucho, no tendremos más remedio que emplear algunos métodos más eficaces y que no dejan señales perceptibles para la policía. Sintiéndolo mucho, como le hemos dicho.

Unos dedos ágiles buscaron entre los nervios de su cuello. Kermadec sintió que se inundaba de un sudor frío, y creyó que iba a perder el conocimiento.

—¿No?

Apretó la boca. Ya podían hacer lo que quisieran, que no iba a hablar. Pero, Santo Dios, aquella insoportable presión sobre los nervios o sobre los ganglios... Sí insistían mucho en ello, no iba a poder soportarlo.

Y en ese momento, un timbre sonó en alguna parte de la casa.

Los dos hombres apartaron la linterna, pero no lo suficiente como para que Kermadec pudiera verles las caras. Se alejaron unos pasos y la puerta se cerró tras ellos.

Kermadec quedó solo. Forcejeó violentamente con las cuerdas, tratando de aflojarlas, pero estaban perfectamente anudadas. No consiguió sino lacerarse las manos, hasta despellejarse las muñecas.

Con un atroz sentimiento de ira y de frustración, comprendió que tendría que esperar a que volvieran aquellos dos demonios.

CAPÍTULO VI

¿Qué había sido aquello?

Le había parecido que algo sonaba en la otra habitación. Algo que al principio pareció una voz y después, un momento después solamente, como dos taponazos seguidos.

¿Dos taponazos?

Todos sus nervios se tensaron. Y él, allí, inmóvil absolutamente indefenso...

Apretó los dientes y trató de nuevo de forzar las cuerdas, pero el intenso dolor le hizo desistir.

Y entonces, la puerta se abrió y una figura apareció en el umbral. Encuadrada por la luz que salía de la otra habitación, sólo pudo ver que no era ninguno de los dos hombres de antes.

—Quieto —dijo una voz.

Aquella voz...

—¿Quién es usted?

—Estese quieto, y sobre todo, no haga ruido.

La figura caminó hacia él. Claro que no era ninguno de los dos hombres. Era una mujer.

—Bertha... —susurró el agente.

—¿Está atado?

—Sí, estas malditas ligaduras me han cortado las muñecas.

—Estese quieto. Voy a librarle de ellas.

Las preguntas se agolpaban en la boca del agente norteamericano, pero no era el momento apropiado para comenzar a hacerlas. La muchacha se agachó junto a él y algo duro, afilado, se introdujo entre sus muñecas.

—Afortunadamente no han empleado el método moderno de los grilletes o del alambre de acero —dijo Bertha—. O tal vez es que no disponían de ellos.

Las ligaduras saltaron. Luego, las de las piernas. El agente se

puso en pie y se movió para activar la circulación, paralizada por las cuerdas.

—Gracias.

—Vamos, no hay tiempo que perder.

Salieron a la otra habitación. Iluminados por una luz amarilla, había dos figuras tendidas en el suelo.

—Tenernos que darnos prisa —dijo ella—. Hay otros y pueden venir en cualquier momento.

—¿Muertos?

—No he tenido más remedio. Habían visto mi cara.

Kermadec la miró. Llevaba un pañuelo atado bajo la barbilla y que cubría sus cabellos. Un suéter oscuro y falda amplia, negra.

—¿Conduce usted un «Ondine» azul oscuro? —preguntó Kermadec.

—Sí. ¿Lo vio?

—Así es.

El agente se inclinó sobre ambas figuras. Cada una de ellas tenía un agujero en el pecho.

—Así que le habían visto la cara y no quería usted que la recordasen...

—Sí.

Ella señaló a la puerta.

—Vamos, no hay tiempo que perder. Hay por lo menos otros tres, aunque en este momento no se encuentren en la casa.

—Quisiera echar una ojeada por aquí —dijo Kermadec.

—No hay tiempo.

—No obstante, me gustaría hacerlo.

La cara de la mujer estaba seria. Sus facciones resultaban casi duras.

—He dicho que no hay tiempo. Me he expuesto mucho porque me imaginé en qué clase de lío se había metido usted. Pero si ahora intenta registrar la casa, nos exponemos a que lleguen los demás. No quiero hacerlo.

Kermadec se irguió.

—Ahora no me cogerán tan fácilmente.

—Pero —dijo ella metiendo la mano en el bolso—, da la casualidad de que sé que en la casa no hay nada interesante para usted.

—Yo no estoy tan seguro.

La mano de la mujer salió del bolso.

En ella había una pistola provista de un silenciador.

—Vamos.

—¿Persuasión?

—Como quiera, pero no hay tiempo que perder. Se lo aseguro.

—Ahora ya no me cogerían desprevenido.

—¿No? ¿Cómo lo cogieron antes, entonces?

Kermadec sonrió.

—Bueno, está bien, vamos.

Ella abrió la puerta, lanzó una ojeada a ambos lados y luego le hizo señas de que saliera.

—Se han llevado su coche —anunció la mujer—. Tendremos que ir los dos en el mío.

—¿Quién se lo ha llevado?

—Ellos.

—¿Esos de ahí adentro?

—Sí.

—¿No sabe lo que han hecho con él?

—No tengo ni la menor idea. Estaba muy ocupada enmendando su error.

—No hubo tal error.

Habían recorrido el caminito enarenado y se hallaban en la carretera secundaria. Un poco más allá estaba parado el «Ondine» azul. Subieron a él y la joven lo puso en marcha.

—¿No?

—No. No podía hacer otra cosa, sencillamente.

—¿No?

—¿Usted qué cree?

—Yo no lo hubiera hecho.

Kermadec cerró la boca. El tono que empleaba la mujer era tan absolutamente distinto del que hasta entonces había empleado con él que estaba perplejo. La joven ahora hablaba de una manera diamantina, recortada, sin emplear palabras innecesarias.

—¿De veras? ¿Cómo lo hubiera hecho?

—Eso me lo reservo.

Hubo un silencio mientras el coche iba tomando velocidad carretera abajo.

—¿Vamos a regresar a Niza?

—Naturalmente. No quiero que noten demasiado mi falta. Me creen en Montecarlo.

—¿Les dijo usted que iba a jugar?

—Saben que no juego, pero que me gusta observar.

—¿Puedo preguntarle una cosa?

—¿Qué?

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—No tiene importancia.

—¿Por qué me ha librado de «ellos»?

—Porque no quería que lo tuvieran en su poder, sencillamente.

—Lo que quiere decir que...

—Lo que quiere decir, *monsieur* Franc, que me interesa usted más libre que no en poder de «ellos».

—¿Le puedo decir por qué? —preguntó Kermadec encendiendo un cigarrillo. Se lo colocó en la boca a la joven y ésta aspiró el humo ansiosamente.

—Gracias. Sí, dígame por qué.

—Porque me necesita.

—Tal vez.

Ella tenía fija la mirada en la carretera. Kermadec observó por el retrovisor.

—Creo que llevamos cola.

Ella siguió su mirada.

—Y ese coche es más potente que éste.

El tráfico era muy poco intenso. Sólo muy de vez en cuando algún auto se cruzaba con ellos.

—Hay un cruce un poco más allá. Un desvío a Gorbio.

—No tiene salida. La carretera acaba allí y yo quiero volver a Niza.

—Pues esos tipos van ganando terreno.

Hubo una pequeña pausa.

—Déjeme su pistola.

—¿Qué piensa hacer?

—Intentar reventarles un neumático.

—Está en el bolso, pero hay un puesto de policía un poco más allá. No vale la pena.

Kermadec había visto el puesto de policía, una caseta con dos

gendarmes camineros, al subir por aquella misma carretera un poco antes.

—Su pistola tiene silenciador. Si nos damos prisa podría reventarlos antes de llegar al puesto.

—En el bolso.

Kermadec se volvió y alcanzó el bolso, que la joven había echado en el asiento posterior. Sacó la pistola y se asomó a la ventanilla.

Apuntó cuidadosamente. En el último momento, algo retuvo su dedo antes de apretar el gatillo. ¿Y si se trataba de pacíficos turistas o de habitantes de la región y no iban siguiéndolos sino simplemente dando un paseo?

—No se atreve, ¿verdad? —dijo la joven.

—No, ésa es la verdad. Podría no tratarse de «ellos».

—Casi seguro que lo son, pero no dispare. El puesto de policía está detrás de esta curva. Y hemos de aflojar la velocidad. Los gendarmes franceses son muy puntillosos. Sólo está permitida aquí hasta sesenta.

Kermadec guardó el revólver en el bolso y dejó éste el asiento.

—Si lo son, se han librado por muy poco, aunque no lo sepan.

—¿Les habría dado en el neumático, con toda seguridad? —preguntó ella un poco burlonamente.

—Completamente seguro.

Ella levantó el pie del acelerador al llegar a la curva. La caseta con los dos motoristas apareció. Los gendarmes camineros junto a sus motocicletas, fumaban tranquilamente. Al pasar junto a ellas, Kermadec agitó la mano amistosamente y ellos correspondieron al saludo. El coche que los seguía también había aflojado gas considerablemente.

—Pero nos seguirán tan pronto haya pasado el peligro —dijo ella sonriendo.

—Y entonces sabré seguro que son «ellos». No obstante, les voy a dejar acercarse lo suficiente.

En efecto, tan pronto la próxima curva los ocultó a la vista de los gendarmes camineros, los dos coches apretaron de nuevo. Y el que iba detrás iba ganando terreno.

—Hay varias villas y cada vez serán más numerosas —dijo la joven. Su boca estaba apretada, pero éste era el único rasgo de

tensión que denotaba su bello rostro—. Más vale que se dé prisa.

Kermadec cogió nuevamente la pistola y sacó el brazo y la cabeza por la ventanilla.

Y en ese momento ocurrió.

Vio el pequeño resplandor que brotaba de uno de los costados del coche perseguidor y el «Ondine» dio un salto y se dirigió hacia uno de los lados de la carretera mientras la joven levantaba el pie del acelerador pero sin tocar el del freno. En un reventón esto puede ser mortal de necesidad.

El coche se metió en la ladera, trepó por ella unos metros y luego se paró, para retroceder de nuevo.

—¡Salga, rápido!

Kermadec abrió la portezuela de su lado y con la pistola en la mano, se echó a tierra. La joven lo siguió después de cortar el encendido.

El coche retrocedió de nuevo hasta la carretera y casi fue a chocar con el que los seguía. Éste hizo un brusco viraje y paró.

Se apagaron sus faros, cuando ya Kermadec estaba apuntando con la pistola. La oscuridad era casi absoluta.

Hubo un instante de tensión, y luego a Kermadec le pareció que dos figuras se aproximaban a la linde derecha de la carretera, al lugar en que estaban ellos.

—Cuidado —dijo en un susurro—. Creo que vienen.

—Ya lo he visto. Deme la pistola.

—Está en buenas manos.

—Sí, ya lo vi. Ellos se le adelantaron.

—Diablos, eso le puede ocurrir a cualquiera.

—A mí, no. Vamos, deme la pistola o dispare.

—Espere, parece que se alejan.

Los dos hombres habían vuelto a montar en el auto y se alejaban. La explicación la tuvieron los dos jóvenes casi al instante. Un coche se aproximaba procedente de Menton.

—Diablos, ahora se pararán para ver qué ocurre, y luego darán el aviso a la policía caminera.

—Bajemos.

Lo hicieron. El coche, en efecto, se había detenido. Una cara con lentes, la de una mujer de mediana edad asomaba por la ventanilla.

—¿Panne?

—Reventón, *madame* —dijo Kermadec—. Ahora mismo estamos tratando de quitarlo de en medio.

—Háganlo pronto. Están casi en el medio de la carretera. Hay un puesto de policía un poco más allá. Les diré que avisen para que les ayuden.

—No se moleste, *madame*, creo que podremos solucionarlo. Ya volveremos mañana para recogerlo. Ahora lo quitaremos de en medio.

—Sí, será lo mejor. Pero de todas maneras, avisaré a los gendarmes.

—Le aseguro que no es necesario, *madame*. Pero se lo agradecemos igualmente.

—¿Se detuvo el coche que se acaba de cruzar conmigo?

—Sí, sí *madame*, se detuvo. Les dijimos lo mismo, gracias. Era un «Renault», ¿verdad? —añadió casualmente.

—Sí, un *ocho*.

—Gracias, *madame*, y no vale la pena que se moleste. Ya sabe, todos los líos que se forman. Lo retiraremos nosotros mañana mismo, si no podemos arreglarlo.

—Suerte. Si fuese hacia Menton los llevaría, porque me parece que ésa es su dirección, ¿verdad?

—En efecto, *madame*. No se preocupe, de veras. Alguien nos llevará.

La mujer se alejó en su «dos caballos».

—¿Lleva rueda de repuesto? —preguntó Kermadec.

—Sí. ¿Piensa cambiarla?

—Naturalmente. Este coche es alquilado, ¿no?

Ella sonrió en la oscuridad.

—Es mío, pero no me gustaría que los gendarmes tomasen nota de su matrícula. Sí, será mejor que cambiemos la rueda.

—Yo lo haré. Y mientras, usted vigile, ¿quiere?

—Sí.

La joven subió al repecho y con el bolso en la mano, esperó. Los que les habían hecho aquella faena podían volver de un momento a otro.

Un autocar pasó y el conductor les preguntó si querían ayuda. Kermadec negó. Ya estaba casi cambiada la rueda.

Luego, otro coche, y por fin, el silencio. Ya iba siendo demasiado

tarde para conducir. Estaba la rueda en su sitio y él apretando las tuercas, cuando oyeron el runrunear de un nuevo motor.

—Cuidado —dijo ella en voz baja— pueden ser ahora, de nuevo.

Kermadec apretó la última tuerca y los faros del coche que llegaba procedente de Menton los deslumbraron.

Algo, ése tan manoseado sexto sentido, que consiste en la experiencia de los hombres de acción y el haber vivido gran parte de una vida de una manera peligrosa, le hizo tirarse al suelo en el momento en que el coche pasaba velozmente ante él.

Oyó el desgarrarse de las capas del aire junto a su oído, y al mismo tiempo el romperse de cristales. Pero no fueron los del «Ondine», sino los del «Renault» los que saltaron. La joven estaba disparando desde la ladera.

El coche prosiguió su marcha, con la misma velocidad.

La joven bajó.

—Les di —dijo con voz inexpresiva—. Me parece que uno de ellos lleva plomo.

—No ha podido usted verlo con esta rapidez —protestó Kermadec.

—No, pero creo que sí. Y ahora, rápidos. Los policías pueden llegar de un momento a otro.

Los disparos habían sido cambiados con silenciador, pero el ruido de los cristales podía haberse oído muy lejos. Subieron al «Ondine» y emprendieron el camino.

Pasaron por Menton a las cuatro. El café de París estaba abierto. Kermadec miró a su compañera.

—No vendría mal un trago, ¿verdad?

—No.

Dejaron el coche aparcado junto a la bomba de gasolina y penetraron en el café. Kermadec pidió un negro y una copa de coñac. Ella, café solamente.

El agente se volvió a su acompañante. El café estaba solitario, si se exceptúa un par de jóvenes que se abrazaban en un rincón y cuyo coche habían visto ante el local.

—¿Le he dado las gracias, Bertha? Por cierto, tendré que seguir llamándola así.

—Ya me las dio, Oliver —dijo en voz baja.

Estaba sonriendo.

—¿Cuándo se enteró? —preguntó él.

—Hace dos días. Y usted...

—Lo mismo. Cuando vi que sus lentes eran simples vidrios, y que sus maletas resultaban imposibles de abrir.

—Así que fue usted quien entró en mi cuarto.

—Sí. Pero me gustaría saber que fue usted quien lo hizo en el mío.

—Yo misma. Descubrí el «testigo» demasiado tarde.

Hubo una pausa.

—¿Deuxième Bureau? —preguntó Kermadec con tono de indiferencia.

—¿Qué le hace pensar en ello?

—Digamos... que pregunto, solamente.

—Estamos metidos en el mismo barco, Oliver, pero... no pertenezco al Deuxième Bureau.

—Y, sin embargo, parece francesa.

—Sí. Pero no pertenezco al Deuxième Bureau.

—Parece tener mucho interés en dejar bien aclarado ese punto. En ese caso...

—Es inútil.

—Puedo adivinarle.

—Inténtelo.

—Sencillamente —dijo Kermadec—. Servicio Soviético de Contraespionaje.

—No. No *contra*.

—¿Servicio de Seguridad?

—Sí. No me importa decírselo. He recibido órdenes de trabajar con usted. Al parecer ha habido un contacto en las altas esferas entre ustedes y nosotros.

—Comprendo.

Alargó la mano y la joven la cogió.

—Tenemos que hablar largo y tendido, compañera. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Llámeme Bertha. Será mejor.

—Me gustaría saber cuál es su verdadero nombre.

—Lo sabrá algún día. Y ahora, debemos volver.

Se puso en pie y añadió:

—Por el camino podremos establecer el plan de acción. Porque

supongo que tendrá usted uno.

—Sí —respondió Kermadec—. Vamos.

Pagó y salieron del café.

CAPÍTULO VII

—¿Qué quiso usted decir con eso de que debía haber habido algún contacto a alto nivel entre nuestros jefes, Bertha?

Ella le lanzó una rápida mirada.

—Hay muchos más contactos entre nuestros jefes que los que suponen los periodistas y el público en general, Kermadec. Y éste ha sido uno de ellos. Si los chinos logran alcanzar su meta, es decir, llegar a producir bombas termonucleares y «H», todos estaremos en el mismo peligro. Usted lo sabe, y yo lo sé.

—Sí.

—En alguna parte ha sonado un teléfono rojo y dos altos jefes han llegado al mismo acuerdo. No me diga que el F.B.I., es tan cauteloso con sus agentes que no le ha dicho a usted que probablemente habría otros interesados en este juego.

—La verdad es que lo ha hecho, pero se olvidó decirme que la ayuda que yo recibiera tendría el pelo largo y rubio y dos ojos verdes.

Ella no sonrió. Estaba seria, reconcentrada en el volante.

—Yo recibí su nombre, Franc, y tampoco conozco el verdadero, aunque supongo que no importa mucho en los momentos actuales.

—Tal vez más tarde sí —murmuró él.

—Escuche: ¿Qué es lo que creen ustedes que intenta hacer Bastian-Chavrier?

—No lo sabemos muy bien —respondió el agente cautelosamente—. Aunque muy bien pudiera ser trasladarse a China Roja.

—Ustedes no lo conocen ni piensan eso.

—Bueno, usted consiguió meterse en su círculo antes que nosotros, y más íntimamente, lo reconozco. ¿Cuál es su idea? ¿Simplemente sacarles a los chinos dinero?

—Simplemente: Bastian-Chavrier tiene mucho dinero, aunque no

le importaría conseguir un poco más. No es eso solo, pues: Es hacer que el Gobierno le nombre director del Instituto o de la Junta de Energía Nuclear Francesa. Ésos son sus verdaderos objetivos.

—¿Quiere usted decir que no piensa hacer partícipes a los chinos de Mao de sus conocimientos?

—Exactamente.

—¿Y piensa que el Gobierno francés, al ver sus coqueteos procurará atraérselo de nuevo ofreciéndole alguno de esos puestos?

—Sí.

—Pues... Ese hombre es tonto. Ningún gobierno se prestaría a semejante chantaje.

—En su gran vanidad, cree que el Gobierno francés, sí.

—¿Y piensa sin duda que los chinos lo van a tomar como una broma? O no los conoce o sigue siendo tonto.

—Ahí está. Los chinos no piensan estarse quietos. Lo sabemos. Le seguirán el juego mientras les interese. Y después...

Levantó la mano izquierda del volante e hizo un gesto con los dedos, como lanzando algo al aire.

—¿Piensa que lo matarían?

—U otra cosa. Cualquiera de las dos. O matarlo o... llevárselo para que vea que con el lobo no se juega.

—Comprendo. Y en ese caso...

Se echó a reír.

—Henos en una situación bien curiosa: Tratando de librar a un extranjero de algo en lo que se ha metido el solito, y tratando de librarlo pese a él mismo.

—Algo por el estilo.

—Maldito Bastian-Chavrier. Y maldita su vanidad estúpida.

Pensó durante un instante.

—Usted sabe que la policía anduvo haciendo preguntas con respecto a mí.

—Sí. Asesinaron una mujer a la que usted quería ver. Iba a preguntarle por qué. Al fin y al cabo, yo le he dicho unas cuantas cosas que usted no sabía.

—El F.B.I., colabora gustoso, compañera. Esa mujer asesinada es la esposa de un honorable comerciante en vinos de Pasadena, California, y cuyo nombre ostento yo provisionalmente.

—¿Lo sabían ustedes cuando vino a Francia?

—Sabíamos que ella estaba en Francia, pero no que fuera a venir a la Costa Azul y con nombre supuesto. Bueno, eso me ha salvado hasta ahora de que la policía francesa me eche el guante, afortunadamente.

—No tardarán en averiguar quién es.

—Espero que tarden lo más posible. Y... bien, ¿qué vamos a hacer con Chavier?

—¿Fue usted quien lo llamó por teléfono?

—Lo reconozco. Quería sacarlo de su concha y lo he conseguido, aunque esos malditos chinos han estado a punto de acabar conmigo por hacerlo.

Estaban entrando en Montecarlo. Ella guió hasta encontrar la carretera nacional 564, que por la costa conduce a Niza.

Apretó el acelerador. La carretera estaba casi vacía.

—Sí, salió de su concha, pero ahora «ellos» estarán intranquilos. Muy intranquilos. Saben que alguien, usted conoce el lugar donde se ocultaban. Y se moverán. Esa gente sabe hacerlo aprisa y eficientemente. Le aconsejo que no los subestime.

—¿Después de lo que hicieron conmigo esta noche? Le prometo que no los subestimaré. ¿Quiénes son?

—Hay varios indochinos entre ellos. Los otros son chinos, y puede que algún coreano del norte. Casi todos chinos, no obstante. Tienen...

Se echó a reír. Kermadec se volvió hacia ella sorprendido. Su risa tenía una musicalidad encantadora. El agente se dijo que aquella mujer debía cantar extraordinariamente bien.

—Sostienen un hogar de reposo para estudiantes asiáticos enfermos.

Kermadec sonrió.

—Enfermos, ¿eh? Que me lo digan a mí. ¿Era esa casa su hogar para enfermos?

—No. Ése es uno de sus lugares de reunión. La casa es de un francés que se la presta o se la alquila. No lo sé bien.

—Reconozco que está usted bien informada, Bertha. Ya me advirtieron en Washington que Bastian-Chavier era bastante charlatán.

Ella se volvió a mirarlo.

—Oh, no me ha hablado ni una palabra de todo eso. He tenido

que enterarme yo por mis propios medios. Claro que los tengo, afortunadamente.

—¿*Madame* Chavier?

—Ha colaborado sin saberlo, pero han sido otros, también. Tengo muchos medios a mi disposición.

Kermadec puso su mano derecha sobre la izquierda de ella, en el volante.

—Bertha, gracias. ¿Es usted rusa?

—Sí.

—Pero... lleva algún tiempo viviendo en Francia.

—Diez años.

—Diez años, pero sería usted una niña, casi cuando vino.

—Tengo veintiocho.

—¿Y vino directamente de Rusia?

—No haga más preguntas, Oliver.

—Espero —dijo él—, que algún día podremos llamarnos por nuestros verdaderos nombres de pila y tomar una copa brindando porque los «contactos» entre ambos países fuesen siempre tan... estrechos y agradables.

—La cosa no ha terminado aún, Oliver.

—Lo sé.

Y después de una pausa:

—Me gustaría saber si la muerte de esa mujer tiene algo que ver con este asunto.

—¿Qué quería ella de usted?

—Sacarme el dinero. Había acudido a la costa pensando que era su marido quién llegaba, pero al ver que no, se olió algo extraño. Quería dinero.

—Me alegro de que me diga eso.

—¿Por qué?

Ella sonrió enigmáticamente.

—Algún día lo sabrá. Más tarde.

Kermadec pensó durante un momento.

—Bertha.

—¿Sí?

—¿Cree usted que pueden estar relacionadas ambas cosas?

—Lo creo... Bueno, tal vez. También puede ser algo de tipo personal.

—Ha sido demasiada casualidad. Me pregunto yo sí esa mujer no ha estado metiendo las narices más a fondo de lo que creía hasta ahora.

—Pudiera ser. Y ahora... ¿Qué piensa hacer cuando lleguemos a Niza?

—Cuidar de Bastian-Chavrier como seguramente cuidó de él su niñera cuando tenía unos meses. Que es probablemente lo mismo que va a hacer usted.

—Sí, pero con una salvedad. No saben que yo he estado en esa casa. Sí que ha estado usted.

—Si esos individuos me atacan, tendrá que ser en una noche oscura y en una calleja. No me van a coger desprevenido, puedo asegurárselo.

Ella volvió a sonreír de aquella manera. Kermadec dijo:

—¿Por qué sonríe así? ¿Qué es lo que le hace gracia? Me parece que no tiene usted muy buena opinión del F.B.I.

—No he tenido contactos con ellos hasta ahora. Pero si con la C.I.A. Y no eran muy listos, Franc. Dejaron en muy mal lugar al presidente Eisenhower cuando el asunto del avión

U-2

que derribamos sobre territorio ruso hace años.

—La C.I.A., no es el F.B.I. Valdrá más que lo recuerde de ahora en adelante.

—Lo sé. Bien, cuando lleguemos entraremos en el hotel separadamente.

—Yo lo haré primero. Espere usted por lo menos una hora en cualquier sitio antes de entrar.

—Haré algo mejor. No entraré hasta la mañana y lo haré como si acabara de salir. No, no daría resultado. Alguien ha podido llamar a mi habitación y en ese caso ya saben en la centralita que yo no estaba en ella o que no he querido contestar. De acuerdo. Veré cómo lo soluciono.

Beaulieu y Villefranche los vieron pasar en la madrugada. Y por fin, Niza.

—De aquí en adelante tendrá usted que ir andando dijo ella. —Dejo el coche en un garaje de la Rue de la République. Muy cerca de aquí.

—¿La veré mañana? —preguntó él cuando descendía del auto en

la desierta calle.

—Sí. A mediodía, probablemente. No se acerque a nosotros. No es usted persona grata a *monsieur* Bastian-Chavrier. Y... yo en su lugar me mudaría de hotel.

—Conforme. A mediodía.

Ella le tendió la mano. Dos figuras solas en la madrugada fresca y perfumada con el olor de las mimosas.

—Hasta luego, compañera.

—Hasta luego...

G-Man.

Y se separaron.

En la calle Cassini había varias tabernas abiertas ya. Muchos marineros tomaban en ellas sus primeros vasos de aguardiente. Kermadec se metió en una y pidió una copa.

Miró el reloj. Las cinco y media. Estaba pensando concentradamente en todo lo que había ocurrido durante la noche y en lo que le había dicho la muchacha. ¿Rusa?

¿Rusa? Bueno, podía ser. Pero también podía pertenecer al *Deuxième Bureau* y haberse estado burlando de él o... equivocándolo intencionadamente.

Sencillamente, no acababa de creerlo. Ella los había seguido, cuando sospechó que la llamada telefónica para el científico había sido hecha por él mismo. Le había librado de aquellos dos avispones enfurecidos y le había explicado la historia claramente. Demasiado claramente. No era así como él suponía que se debía portar un agente de la Rusia Soviética.

Aquella alusión a un contacto a alto nivel... Bueno, era la primera noticia de que cosas así pudieran suceder, aunque, naturalmente, ahora las cosas no estaban como hacía diez años.

¿Rusa? Bueno, podía ser. El caso es que, lo fuera o no era encantadora. Y había demostrado una presencia de ánimo. Mató a los dos hombres de dos tiros, con una eficiencia verdaderamente aterradora.

Sus manos apretaron el vaso hasta casi romperlo.

¿Y si ella también fuera una agente china, simplemente?

Tragó saliva. La cosa resultaba positivamente repugnante. Pero..., no imposible.

Diantres, una vez que la duda se le había metido en el cerebro

resultaba muy difícil desalojarla de él.

Estuvo en aquel bistrot durante casi una hora y luego fue caminando lentamente hacia el hotel. Ahora se le presentaba un nuevo problema. Había perdido el coche que alquilase y tendría que responder de él. Diantres, los conflictos se amontonaban.

Cuando llegó al «Westminster», por la acera opuesta, para entrar un momento en el café que había enfrente, vio que dos individuos, policías indudablemente, estaban parados ante la puerta del hotel. Se preguntó si le estarían quizá esperando a él.

Bien, tenía que entrar. No había más remedio.

Atravesó la calle, decidido a coger el toro por los cuernos. Los dos policías lo miraron, pero no hicieron el menor movimiento para acercarse a él.

Se detuvo en el *comptoir*.

—Ayer por la tarde llegó una carta para usted, *monsieur* Franc —dijo el encargado sonriendo de una manera un poco cómplice.

—Gracias.

La cogió. Era de la casa de vinos de Pasadena. La abrió, delante del empleado, y la leyó rápidamente.

Subió a su cuarto, se dio una ducha y procedió a descifrar la carta.

«Si se hace absolutamente preciso, declare su identidad a policía francesa. Sólo en caso necesario. Si ha establecido contacto con tercera potencia interesada, colabore con ella. Intereses comunes».

Nada más.

Dejó la carta sobre la mesa. En ese momento llamaron a la puerta.

—¿Sí?

—Abra, por favor.

Abrió. El inspector de policía al que ya conocía estaba ante él.

—Buenos días, *monsieur* Franc. Lo hemos estado buscando. Creíamos que había abandonado la ciudad.

—Pues, no, naturalmente. Solo... solamente he dado un largo paseo.

—¿Por dónde?

—Pues, Montecarlo, Menton, etc. Espero no haber cometido un delito.

—Naturalmente que no, *monsieur*. Naturalmente que no. Sólo que... Usted es comerciante en vinos, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo no nos dijo que la mujer asesinada era su esposa?

Kermadec pensó rápidamente. Las palabras en clave de la carta danzaban ante sus ojos.

—No es mi esposa, inspector —dijo.

—Ah, *monsieur*. Parece muy extraño, ¿no? Hemos establecido la identidad verdadera de *madame* Silverio. Su auténtico nombre es *madame* Franc y está separada de su marido, importador de vinos de Pasadena, California.

—¿De veras?

—Sí, *monsieur*. Y todo esto es tan irregular que me veo obligado a rogarle que me acompañe a la prefectura...

—Todo puedo explicarlo, *monsieur* l'inspectour.

—¿De veras? ¿Quiere explicármelo a mí o prefiere hacerlo ante el comisario?

—Me es igual. A usted mismo.

—Bien, espero sus declaraciones.

—Muy sencillo. No soy Franc.

Los ojos del inspector se estrecharon.

—Pero, su pasaporte...

—Ya lo sé. Mi pasaporte dice que soy Franc, pero no es sino..., una sustitución.

—¿Sustitución, *monsieur*? Todo resulta muy extraño y..., no nos gustan las cosas extrañas como éstas.

—Muy sencillo. Soy un amigo de *monsieur* Franc. El me dejó el pasaporte.

La cara del francés estaba seria. Sus ojos tenían una mirada dura.

—*Monsieur*, basta de juegos de palabras.

—No lo son, inspector. *Monsieur* Franc me dejó su pasaporte... inclinado a ello por las razones que le dieron en la Secretaría de Justicia de los Estados Unidos.

—¿Usted es un agente de dicho departamento?

—Sí.

—¿Puede usted aportar pruebas de ello?

—Sí.

—*Monsieur*, vamos a la prefectura. Creo que será mejor para todos.

—Si no le importa, inspector, podríamos salir separados.

—¿Un truco, *monsieur*? Le prevengo que estoy armado y hay varios hombres míos abajo. No creo que consiguiese usted escapar, aunque emplease algún truco.

—No pretendo hacerlo, se lo aseguro. Se trata simplemente de que no me gustaría que me viesan abandonar el hotel entre dos policías.

El inspector se encaminó a la parte trasera del edificio. Comprobó que no había ninguna otra salida y volvió.

—Estaré abajo, *monsieur*. Cinco minutos solamente. Pasados éstos, subiré con mis hombres.

—Me bastará, inspector.

Éste salió, después de dirigirle una significativa mirada.

Kermadec se precipitó a su maleta. De un compartimiento disimulado en el forro, sacó sus credenciales. No había más remedio. Debía confiar en que el comisario, el mismo prefecto, fueran discretos y no armasen demasiado revuelo. Al fin y al cabo, había otros agentes del F.B.I., en Francia. Ya tenía preparado su plan de acción cuando salió, cerrando la puerta detrás de sí.

Bertha estaba en el pasillo, ajustándose una media.

Le lanzó una mirada interrogativa.

—La policía —dijo Kermadec secamente.

—Lo sé. Vi subir al inspector. ¿Lo han detenido? Lamento mucho no poder librarle de los policías franceses como lo hice de los otros.

—No creo necesitarlo —sonrió él.

—En cambio, tal vez yo lo necesitase a usted.

—¿Qué?

—Hay novedades.

Kermadec apretó las mandíbulas.

—¿Urgentes?

—Puede que sí. Procuraré parar el golpe, pero uno de esos

individuos ha estado ya viendo a mi jefe. Y lo siento, pero no puedo seguir hablando.

Alisó la falda y se irguió.

—Espero que no se meta en líos.

—Bertha, ¿de veras me necesita?

—Tal vez sí.

Había una expresión extraña en los ojos de ella.

—Bien, procuraré tardar lo menos posible.

—Hágalo.

Bajó. El inspector estaba junto al *comptoir*, mirando su reloj. Kermadec anduvo hasta la puerta y la atravesó. Un poco más allá, un «Citroen» de la policía se puso en marcha, hasta colocarse junto a él.

—Arriba, *monsieur* —dijo el inspector.

Subió y el coche arrancó. La prefectura de Niza está en la Ciudad Vieja, junto al Palacio de Justicia, en la Rue de la Préfecture. El coche se detuvo ante la puerta.

—¡*Entrons!* —dijo el inspector—. *vous plaît.*

S'il

CAPÍTULO VIII

—Sus credenciales están en regla, *monsieur* —dijo el funcionario de la prefectura, a cuyo lado había un comisario de policía—. *Monsieur* Kermadec, del F.B.I. Ahora sólo falta que nos diga, si no tiene inconveniente, qué hace un agente del F.B.I., americano en Niza y con pasaporte supuesto.

—Buscamos a dos desertores, *monsieur* —replicó Kermadec rápidamente—. Dos desertores de las fuerzas americanas de la OTAN.

—¿Tienen ustedes la idea de que se esconden aquí, en Niza?

—Desde luego. Aunque no exactamente dónde se esconden. Puede ser en cualquier lugar de la Costa Azul.

—Para eso —dijo el funcionario con tacto, pero con energía—, no necesitaba usted ocultar su personalidad. La policía francesa colabora con gusto en estos casos.

—Ya lo sé, *monsieur*, pero..., preferíamos no despertar sospechas. Esos dos militares de la OTAN podrían levantar el vuelo si sospechan algo, y no queríamos que eso sucediera.

—Todo ello es un tanto irregular, *míster* Kermadec. Hubiéramos preferido que se nos pidiera una colaboración que nosotros hubiéramos concedido con gusto y medios.

—Lo sé, lo sé, pero..., ¿qué quiere? Cumpló órdenes. Una de las obligaciones del F.B.I., es precisamente la persecución y localización de los desertores.

—Estamos al tanto, *míster* Kermadec. No somos totalmente ignorantes de lo que respecta a las policías extranjeras.

—Lo siento, no quise decir eso. Bien, *monsieur*, ¿todo aclarado?

—Casi todo. Hay, no obstante, un pequeño detalle.

Miró un papel que el comisario acababa de ponerle delante.

—Se trata de que uno de los vecinos del «Hotel Cavallero», en

donde ocurrió el crimen, dice que vio a un hombre de aspecto oriental rondando por uno de los pasillos del mismo. Lo buscamos activamente. ¿Sabe usted algo de eso?

—Lo siento. No. Esa señora me confundió con su esposo, pero al darse cuenta de que no lo era me dijo que avisaría a la policía por si yo era un maleante, que se ocultaba bajo el nombre de su marido.

—¿Le dijo usted cuál era su verdadera identidad?

—Por supuesto que no.

—Bien, creo que por ahora eso es todo. Naturalmente, si usted desea alguna ayuda por nuestra parte...

—No vacilaré en pedirla.

—Y..., naturalmente, tendremos que avisar a los organismos americanos de la OTAN.

—Por supuesto.

—Bien, míster Kermadec, en ese caso, podemos dar por terminado el asunto. Claro que...

Hizo una pausa.

—Nos gustaría que usted nos mantuviese al tanto de sus movimientos. Para evitar... —añadió con igual tacto—, intromisiones en nuestras respectivas misiones. Interferencias, quiero decir.

—No lo dude, lo haré. ¿Puedo marcharme, ahora?

—Desde luego. Puede irse. Mucho gusto, míster Kermadec.

—Gracias, el gusto ha sido mutuo. No olvidaré hacer saber a mi gobierno lo gentiles que han sido.

—Gracias, míster Kermadec.

Salió. Al verse bajo el radiante sol de la Riviera, suspiró hondamente. ¿Le habrían creído? Probablemente en este momento estarían telegrafando a París, a la OTAN para saber si era verdad que habían desaparecido algunos militares americanos. ¿Cuánto tiempo tardarían en *saber* que no?

Volvió al hotel en un taxi. Tan pronto como llegó, llamó al número de Bertha. No estaba en su habitación. Bajó al salón y no la encontró.

Pero el encargado del *comptoir* le hizo una discreta seña.

—Hay una nota para usted, *monsieur* Franc. La ha dejado la secretaria de *monsieur* Bastian-Chavrier.

—Gracias.

La leyó rápidamente.

«¿Qué le parecería tomar el aperitivo en La Ribote?
Bertha».

—¿Dónde está la Ribote? —preguntó al encargado.

Éste se lo dijo. Se trataba de uno de los mejores restaurantes de Niza.

Tomó nuevamente un taxi y se dirigió hacia él. Al entrar vio a la muchacha sentada en una de las mesas del bar.

Se acercó a ella.

—¿Todo bien? —pregunto la rusa.

—Todo, afortunadamente. Y voy a tomar algo fuerte para celebrarlo. Una copa de vodka, o dos copas de vodka. Ustedes toman con ella bocadillos de caviar, ¿no?

—Cuando tenemos dinero para ello —respondió la joven con una sonrisa y bajando ligeramente la voz—: Pero ustedes son ricos. Pueden permitirse esos lujos.

Kermadec llamó al camarero y le encargó bocadillos de caviar y vodka.

—Y ahora —dijo ella—, le diré por qué le he citado aquí.

Miró hacia la ventana.

—Ha habido una fuerte discusión entre el matrimonio esta mañana. He podido oírla.

—¿Estaba usted presente?

—No. Pero he podido oírla.

—¿Cómo?

—Dejemos eso, ¿no le parece? El caso es que lo he oído. *Madame* le decía al profesor que no debía arriesgarse.

—¿A qué?

—No lo sé bien.

Ella terminó un sándwich y encendió un cigarrillo. Sus ojos verdosos despedían reflejos extraños.

—Pero sí, que él se iba a entrevistar con «ellos» hoy mismo.

—¿Dijo la hora?

—No, y eso me tiene preocupada. No he podido seguirlo.

—Yo se lo diré. A las tres. Lo oí anoche antes de que me golpearan en la cabeza.

—Me alegro. Tenemos tiempo, pues.

—¿Dónde se iban a entrevistar?

—En el mar.

—¿En el mar?

—Sí. El profesor alquila a veces un balandro, que maneja bastante bien, y se aventura fuera de la bahía.

—Y hay varios barcos fuera de la bahía. Pero..., ¿son chinos?

—No, ni es necesario. Basta con que sean de cualquier matricula, pero alquilados. Así que a las tres. Sí, hay tiempo.

—¿Qué es lo que teme usted, Bertha? No, espere, se lo diré yo. Teme que ellos estén ahora inquietos y que intenten algo antes de que pase más tiempo.

—Exactamente.

Lanzó una nube de humo del cigarrillo hacia el techo.

—Temo que hayan decidido apretarle las clavijas al profesor.

—Bien, lo primero que hemos de saber es si ha tomado el balandro ya o no.

—Me parece que si no lo ha tomado le debe faltar poco.

—¿Qué es lo que le decía *madame*?

—Que no debía arriesgarse. Que todo este asunto iba siendo ya peligroso. Que ya era hora de dar marcha atrás.

—¿Le acompañará ella en el paseo por mar?

—Ella quería hacerlo, pero él se resistía. Dijo que a «ellos» no les gusta que haya terceras personas cuando se ven.

—¿Quién convenció a quién?

—No se habían puesto de acuerdo cuando hube de... cortar la comunicación.

—¿Micrófonos? ¿Los ha instalado usted misma?

Ella sonrió.

—Soy ingeniero, Oliver.

—Bueno, espero que la policía no se dé cuenta.

—No se la darán. Pienso retirarlos cuanto antes.

Se puso en pie.

—Pague sus caprichos, ¿quiere?

—¿Qué le sucede? ¿No les pagan a ustedes bien?

—Tanto como para estas cosas, no.

—Lo iba a pagar de todas maneras. Bien, vamos al puerto. ¿Juntos?

—Sí.

Miró el reloj.

—Las doce y media. Hay tiempo..., siempre que el profesor no se haya sentido víctima de súbita prisa.

Salieron y subieron al «Ondine» que estaba a la puerta. En pocos minutos estaban en el puerto.

—¿Dónde deja su balandro el profesor?

—En el muelle de alquiler.

Siguieron el malecón y llegaron al muelle, que estaba lleno de embarcaciones de todas clases.

—Allí está —dijo la muchacha deteniéndose de pronto—. No se ha hecho a la mar aún.

—¿Hasta dónde suele llegar en sus paseos?

—Más allá de Cap-Ferrat. Ya le digo que es un buen marino.

Estaba mirando a su alrededor con las pupilas atentas.

—No logro distinguirlo.

—¿Toma siempre el mismo balandro?

—Siempre. Lo tiene alquilado por tres meses.

—Caramba, el profesor debe ser bastante rico.

—Lo es.

—Entremos aquí —dijo él—. Será mejor.

La cogió del brazo y se introdujeron en un café. Pidieron dos vermut.

—Desde aquí podremos ver cuándo toma el balandro.

—Espero que sí.

Mientras bebía, Kermadec dijo:

—¿Sospecha algo Bastian-Chavrier?

—¿De mí?

—Sí.

—Eso es algo que no sé. No lo he sabido nunca, en los seis meses que llevo trabajando con él. A veces me mira de una manera extraña, pero en otras parece perfectamente indiferente.

—¿Le hizo el amor alguna vez?

—Nunca. Está muy enamorado de su mujer.

Hizo un gesto.

—¿Le parece extraño?

—No, desde luego, pero..., canastos si la ha visto en traje de baño...

—Muchas veces.

Kermadec adelantó una mano hasta posarla sobre la de su compañera.

—¿Me gustaría saber cómo se llama usted?

—¿De veras?

—Sí.

Ella lanzó una ojeada a su alrededor. Había una sonrisa extraña vagando por sus bellos labios.

—Irina.

—Irina... Me gusta. Ustedes tienen un patronímico, ¿no?

—Sí. Mi nombre completo es Irina Innokentiovna. El apellido no puedo decírselo.

—¿Por qué?

—Porque..., una vez que todo esto haya terminado, nos separaremos y no volveremos a vernos. ¿Para qué, pues?

—Pues..., para eso precisamente, para saber dónde podría dirigirle una carta.

Ella se puso seria.

—A ninguna parte.

—Pero usted lleva mucho tiempo en Francia. Tal vez siga en ella.

—Después de esto, probablemente no. Probablemente me enviarán a algún otro lugar.

—Me gustaría saber que no.

Ella lo miró rectamente a los ojos.

—¿Por qué, Franc?

—Mi nombre —dijo él lentamente—, es John.

—Ivan, pues.

—No, John. Lo prefiero. Y no me importa decirle que mi apellido es Kermadec. Mi padre era francés.

—Y mi madre francesa. Tenemos eso en común.

—¿Nada más?

Ella soltó la mano.

—Nada más. Ni lo tendremos nunca.

—Nunca es una palabra que me desagrada profundamente.

—Nunca.

—Lo veremos.

—¿Qué piensa usted hacer cuando el profesor venga por el balandro?

—No lo sé. Pero algo tenemos que intentar. Usted cree que...

Kermadec hizo un gesto. Ella tenía razón. Lo había bajado a la tierra con aquellas simples palabras.

—Puedo meterme en el balandro con él.

—¿Un pugilato? Porque el profesor no se lo iba a permitir sin lucha.

—No lo sé... O alquilar otro barco.

—¿Usted lo puede manejar?

—Lo puedo. Soy un burgués repugnante, Iri...

—Bertha.

El tono de ella era definitivo. Se habían acabado las concesiones.

—Soy un burgués, Bertha. Mi padre me dejó mucho dinero y apetitos excelentes para las cosas buenas. Entre ellas, cuento la de manejar autos veloces, barcos y avio...

Se detuvo.

—Aviones...

Clavó los ojos en ella.

—Me parece que acabo de dar con la solución, Bertha.

—¿Un avión?

—Sí. Un..., helicóptero. Se pueden alquilar.

—Lo sé. Yo no soy una burguesa, y también puedo manejar uno de ellos.

—Entonces..., ¿qué diablos esperamos?

—No sé lo que usted pretende.

—Muy sencillo. Alquilar un helicóptero. Puedo hacerlo.

—Y...

—Y sobrevolarlos. Si el profesor sube a algún barco y no vuelve a salir de él..., veríamos lo que se puede hacer.

Los ojos de Irina brillaban. Era evidente que la excitación de la aventura también se había apoderado de ella.

—Es una idea absolutamente loca. Pero..., me gusta.

—Y a mí. Vamos a hacer una cosa. Usted se quedará aquí... Dispense. Tengo que ir al hotel.

—¿Para qué?

—Tengo una emisora pequeña portátil en el equipaje.

—Y yo —dijo ella riendo— tengo otra. Al parecer siempre estamos empatados.

—Bien, podemos tal vez ajustarles la onda...

—No.

—¿Por qué?

—Muy sencillo: Voy a ir con usted.

—Lo siento. No.

—¿Por qué?

—Muy sencillo: puede haber peligro y...

Se calmó al observar la mirada burlona de ella.

—¿Y cree usted que no lo había anoche?

—Bueno, pero... Está bien, está bien, reconozco que usted lo hizo muy bien, pero..., no puedo llevarla.

—Lo que ocurre —dijo ella lentamente—, es que quiere hacerlo solo, pero no porque yo sea una mujer, sino porque usted es un agente del F.B.I.

—Le doy mi palabra...

—No lo creo.

—Escuche, Bertha, le aseguro que no quiero que corra peligro alguno. Sé que es usted muy capaz de guardarse a sí misma, pero... Bueno, puede que a ustedes les parezca muy normal que las mujeres conduzcan aviones, tanques y sirvan en el ejército activo, pero entre nosotros...

—John, si no vamos los dos en ese helicóptero, no irá ninguno de nosotros.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo lo impediré.

—Me gustaría saber de qué manera.

—Muy sencillo: avisando a la policía francesa.

—¿Sería usted capaz?

—Como lo oye. Lo sería. No lo olvide.

—Pero, bueno, venga a mi punto de vista. Si veo que el profesor no vuelve a su balandro, pienso descender sobre el barco. Y entonces habrá lío. Tiros quizá, y...

—No me importa. Voy a ir con usted. Y ahora, me va a escuchar: Usted tiene una misión y ha de cumplirla. Yo tengo la mía y he de cumplirla también o... sobrevendrán dificultades para mí.

—¿Con... su gobierno?

Ella asintió.

—Bueno, pero ¿qué le pueden...?

—Pueden enviarme a un sitio que no me guste mucho. Y no

tengo deseo alguno de que eso ocurra. Por ejemplo, Mongolia Exterior o algo por el estilo.

Kermadec lo pensó rápidamente.

—Está bien. Podemos... podemos probarlo. Al parecer hay tiempo. Podemos volver al hotel para prepararnos.

Ella lo miró con suspicacia.

—No le pienso permitir ningún truco. Porque si lo intenta...

—¿Qué?

—Yo también tengo algunas flechas en mi carcaj. Más vale que quede eso bien claro desde ahora.

—Está bien, está bien. Ningún truco. Compañeros, ¿no?

—De acuerdo. Compañeros.

Subieron al «Ondine» y se dirigieron rápidamente al hotel. Cuando llegaban a la altura de la Opera, en el Muelle de los Estados Unidos, la muchacha se volvió.

—Dese prisa, John. Allá va el «Simca» del profesor.

Kermadec se volvió. Aún tuvo tiempo de ver la parte trasera del automóvil.

—Sí —dijo secamente.

Llegaron al hotel y subieron a sus habitaciones. Kermadec cogió su pistola, con el ajustador para disparar a mayor distancia, y se la metió en el bolsillo. Cogió también una diminuta caja en la que había dos objetos. Uno de ellos era una pequeña bomba de humo y el otro una carga de termita, el explosivo de alta potencia.

Se puso la chaqueta y bajó al piso segundo. Llamó a la puerta de la muchacha.

Ella apareció. Llevaba un chaquetón de grueso paño, y unos pantalones negros.

John Kermadec la miró con atención admirativa.

—Está usted...

—Más tarde, si le parece. Vamos.

Volvieron al coche. Un momento después rodaban hacia el norte, hacia el pequeño aeródromo municipal.

Cuando llegaron a él, Kermadec pidió hablar con el jefe de vuelos. El hombre los recibió en su cabina.

—¿Un helicóptero? Sí, tenemos dos, y los alquilamos. ¿Por mucho tiempo?

—Unas horas. Digamos..., tres.

—Bien, pero...

—Es un capricho. Pagaré lo que sea.

—Mil nuevos francos a la hora.

—¿Puedo pagar por adelantado?

—Es la costumbre, *monsieur*. ¿Sin piloto?

—Desde luego. Si me enseña los aparatos...

El jefe de vuelos los llevó hasta la pista. Kermadec conocía los aparatos. Los había manejado bastante más modernos y complicados.

—Éste —dijo señalando el de la derecha. Se subió a la carlinga y maniobró durante un momento con los mandos.

—Va bien.

—¿Lo van a utilizar ahora?

—Sí.

—Por favor, díganme la dirección que van a seguir para avisar a la comandancia de marina.

—Queremos ver la ciudad desde lo alto. El puerto... Cap-Ferrat... Un viaje circular, se puede decir.

El jefe de vuelos se encogió de hombros.

—Como quieran.

Llenó varios papeles y Kermadec los firmó.

—Si les ordenan de la comandancia que no se aproximen a algún sitio, no lo hagan. Podrían hacerse acreedores a una multa.

—Obedeceremos las señales.

El jefe de vuelos sintonizó la radio.

—De acuerdo. Pueden comenzar cuando quieran.

—Gracias.

La joven subió y se colocó junto al agente del F.B.I.

—¿Lista?

—Lista.

—Vamos.

Un momento después, el helicóptero despegaba.

CAPÍTULO IX

La ciudad se extendía ante ellos, como en un mapa en relieve y de vívido color. A su derecha tenían el monte con el castillo, y a su izquierda el puerto, que se alargaba en ese dedo extendido que es Cap-Ferrat.

Volaban muy bajo, todo lo bajo que permitían las ordenanzas. La joven que había pedido prestados unos prismáticos al jefe de vuelos, miraba a través de ellos.

—Está todavía en el muelle —dijo—. Distingo perfectamente el balandro.

—Bien, daremos una vuelta hacia el exterior.

Siguieron al malecón. El puerto estaba lleno de barcos, unos anclados en los muelles, y otros en medio de la bahía. Kermadec dijo:

—Cualquiera de éstos puede ser.

Miró la hora.

—Son las dos ya. Tenemos aún una hora. ¿Va cómoda?

—Sí. Puedo relevarlo cuando quiera.

—Déjeme, estoy disfrutando. Claro que si usted quiere...

—Tal vez más tarde. Hay tiempo.

Dieron varias vueltas por la ciudad, elevándose y luego volvieron al puerto.

—Espere un momento. Diríjase hacia el muelle —pidió Irina.

Kermadec obedeció. Ella se inclinó peligrosamente sobre la borda del helicóptero y el corazón de John dio un vuelvo.

—Haga el favor de tener un poco de cuidado, diantres. No estamos en el Tren Azul.

—Me parece que... sí. Ahora sale.

—Bueno, eso llevamos ganado. Pero haga el favor de no inclinarse de esa manera.

—Está desatracando.

Se volvió a su compañero.

—¿Que piensa hacer? ¿Sobrevolar continuamente el barco?

—Eso mismo.

—¿Y si se dan cuenta?

—Me importa un rábano. No pienso dejar que se lleven a Bastian-Chavrier si es que puedo evitarlo.

—Ahora ya ha desatracado.

Estaban volando a trescientos metros de altura. Kermadec miró hacia abajo, pero a aquella distancia veía nada más que la masa del balandro, no a sus ocupantes.

—¿Ha salido solo?

—Sí.

Ella hizo girar los prismáticos.

—Me parece que distingo a su esposa en el muelle. Sí, ese vestido...

Hizo una pausa.

—Es ella, no cabe duda.

—Bien, ya veo que se dirige hacia la bocana del puerto, un poco inclinado hacia la playa de Guynemer. ¿Es así, no?

—Sí.

El balandro, maniobrado bien por Bastian-Chavrier, caminaba hacia la salida del puerto. Había cruzado entre dos barcos anclados y proseguía su marcha con poca rapidez.

—No tiene viento apenas —dijo Kermadec.

—Lo tendrá tan pronto haya doblado ese espigón.

—¿Ha ido usted alguna vez con él en el balandro?

—Una.

—Parece que lo maneja bien.

—Bastante bien.

Un barquito, una de esas barcas de pasajeros que dan la vuelta al puerto, y que se llaman «golondrinas», cruzó carraspeando junto a Bastian-Chavrier. Éste maniobró para que los remolinos de la hélice no le hiciesen derivar el rumbo, y dobló el espigón.

—Hay dos o tres barcos parados más allá —dijo Irina.

—¿Logra distinguir las banderas?

—Uno de ellos es un yate sueco. Otro, griego. Me parece que es el de la Callas. El otro...

Se detuvo.

—¿Qué le ocurre? ¿No le ve la bandera?

—No.

—Coja los mandos y deme los prismáticos.

Ella obedeció. Cruzó los brazos ante él y tomó las palancas.

Kermadec se llevó los prismáticos a los ojos.

—No se ve bien. Es un barco pequeño.

—Un cúter de pequeño calado.

—Sí. Bien, es inútil, no veo la bandera.

Le devolvió los prismáticos y ella los cogió. Miró a través de los binoculares.

—El profesor se dirige hacia ese barco —dijo con voz tensa.

—Sí, parece que sí. Y ese barco tiene un motor auxiliar.

—Sí. Acérquese, pero no mucho aún. El profesor podría sospechar algo.

Kermadec maniobró el aparato, que sobrevoló perezosamente, pero no encima de los dos barquitos, sino un poco hacia la derecha.

Vieron cómo el balandro se acercaba al otro barco, hasta colocarse muy cerca. Luego, se puso al paio. La fuerza de la inercia lo situó junto al otro.

—Están lanzando una escala —dijo la joven.

—Me acercaré.

—Todavía, no. Que no sospechen. Dé usted una vuelta amplia alrededor de los muelles.

Kermadec obedeció. La joven seguía con los prismáticos la maniobra de ambos barcos, que estaban ahora muy juntos.

—Se acercan más balandros —dijo Kermadec—. Espero que no nos estorben.

—No lo harán. Bien, el profesor ya está adentro.

Ella dejó los prismáticos.

—A esperar. Dé algunas vueltas.

Miró a su compañero.

—¿Nervioso?

—No sé lo que son nervios. ¿Y usted?

—Yo sí, pero me enseñaron a dominarlos. ¿Un cigarrillo?

Encendió dos y puso uno en la boca de Kermadec. Éste soltó los mandos un momento y le apretó la mano.

—Es usted el compañero ideal para una aventura como ésta.

—Gracias.

—Si tengo que bajar, usted tomará los mandos. Debe permanecer justo encima del barco.

—Lo sé. Y tratar de que no nos hagan algo «ésos».

La joven maniobró en un aparato que había a su costado.

—Aquí está la escala. Este «heli» sirvió durante la guerra de Indochina.

—No me diga usted que estuvo allí.

—Oh, no. Pero lo sé.

Kermadec sonrió.

—¿Cuánto tiempo lleva el profesor en ese barco?

—Menos de un cuarto de hora. Es pronto todavía.

—Reconozco que las manos me están picando. Me gustaría saber lo que está ocurriendo allá abajo.

Hizo una pausa.

—No pretenderán llevárselo en ese barquito.

—No, claro que no, pero les sería muy fácil ir hasta cualquier otro lugar de la costa donde hubiera otro buque mayor, con bandera de cualquier país. Un transbordo en alta mar y...

Hizo un ademán como arrojando algo al aire.

—Listos. El profesor Bastian-Chavrier habría pagado cara su vanidad y su tontería.

—¿Qué tal persona es?

—Muy valiosa en su profesión.

—No me refería a eso.

—Es...

Cogió los prismáticos.

—Hay un hombre en la cubierta y tiene unos prismáticos. Está mirando hacia nosotros.

—Vaya, complicaciones a la vista.

—Más vale que nos alejemos. Con que tengamos el barco a la vista habrá suficiente. El caso es no perderlo.

Kermadec hizo dar una elegante vuelta al helicóptero, que parecía un gigantesco insecto y se alejó.

Pasó un cuarto de hora.

Y media hora.

—Vuelva un poco. Me parece...

Irina estaba mirando de nuevo con los prismáticos.

—Sí, están... están levando anclas.

—Diantres.

Kermadec maniobró de nuevo y a toda marcha se dirigió hacia el barco. Cuando se encontraba casi encima de él, la muchacha dijo:

—Están levando anclas, John. ¿Lo ve?

—Bajaré un poco.

Un momento después:

—Sí, lo están haciendo. Bien, Irina, me parece que voy a descender. Cambiemos de lugar, ¿quiere?

—Sí.

Lo hicieron, pese a la estrechez de la cabina. La joven cogió los mandos y dejó descender el helicóptero. El ancla estaba ya casi arriba y el barco comenzaba a moverse.

—Hay dos hombres a cubierta, John. Mucho cuidado.

—No se atreverán a disparar. Pueden creer que somos de la policía.

—Los helicópteros de la policía del puerto llevan distintivos bien visibles. No, no nos tomarán por ellos, pero...

—Vamos, baje más. Voy a descolgarme.

El cúter se había separado del balandro, el cual se balanceaba solitario ahora.

—¿Puedes mantener el aparato estabilizado? —preguntó John volviéndose hacia la joven.

—Claro que sí.

—Pues hazlo. Lo más bajo posible. Entre el palo y la proa.

—Lleva cuidado con esos dos hombres de la cubierta.

—No te preocupes.

El helicóptero descendió hasta rozar el palo del cúter. Esté iba apretando la marcha lentamente.

John se cogió al tirante con la mano izquierda.

—¿Listo? —preguntó ella serenamente.

—Listo.

—Voy.

El helicóptero descendió otros dos metros. Los dos hombres de la cubierta, que habían estado observando la maniobra desde la popa, corrieron ahora hacia proa.

John pasó las piernas por la borda, se agarró al tirante de sujeción y dio un salto. Quedó colgando de la mano izquierda, mientras Irina acompañaba la marcha del helicóptero a la del navío.

Y John saltó.

Cayó sobre el costado izquierdo, y rodó dos metros hasta chocar con algo.

Se puso en pie inmediatamente, mientras el helicóptero ascendía un poco.

Los dos hombres se precipitaron hacia él. En sus manos, John Kermadec vio brillar algo. Cuchillos o pistolas.

Sacó la suya, pero en ese momento algo golpeó en la cubierta a sus pies dos veces, arrancando astillas de la madera del suelo.

Alzó la mirada. Irina tenía también algo en la mano y había disparado hacia los dos hombres en señal de advertencia.

John, en pie ya, enfrentó a ambos. Éstos, al oír el chasquido de las balas en cubierta, habían retrocedido ligeramente.

—Quietos —ordenó John—. Quietos.

Los dos hombres permanecieron irresolutos durante un instante. Luego de pronto, se lanzaron hacia él.

John no lo dudó. Uno de ellos levantaba la mano y en ella había un revólver de grueso calibre.

Disparó y el hombre, un oriental, cayó hacia atrás. El otro, repentinamente, dio media vuelta para cubrirse tras la toldilla de la camareta.

Y allí lo cazó Irina. Fue un tiro magistral que dio a hombre en la pierna. Las enormes hélices del aparato zumbaban sobre ellos como las alas de un abejorro gigante.

El herido ladró agudamente. Kermadec se lanzó sobre él y lo desarmó de una patada. Luego se colocó junto a la entrada de la toldilla.

Justo en el momento en que una cabeza asomaba por ella, mirando a ambos lados.

La pistola de John chocó contra la cabeza, provista de fuerte pelo lacio y el hombre cayó hacia delante con un gemido.

John Kermadec sabía a todo lo que se estaba exponiendo. A todo. Había asaltado un barco en un puerto extranjero. Si él e Irina se habían equivocado... se iba a ver en un lío tal que ya podía irse despidiendo del F.B.I.

Bueno, otras cosas atraían ahora su atención. Una vez lanzado, ya nada podría detenerlo, si no era una bala.

Las hélices seguían zumbando sobre su cabeza, cuando se asomó

a la camareta.

Y ello estuvo a punto de costarle la cabeza. Alguien acababa de enviarle una bala que no le acertó por una pulgada.

Se estiró.

—¡Salgan! No pueden resistir —ordenó.

Una nueva bala. Sin una vacilación, John sacó la cajita que había cogido de su equipaje, extrajo de ella la bomba de humo y le quitó la tapita.

Luego la lanzó hacia el interior de la camereta.

Una nube de humo color castaño oscuro salió a borbotones por la puerta.

Esperó un momento.

—¡Salgan!

Una cabeza asomó, tosiendo y tartajeando al mismo tiempo. Luego, otra y por fin la tercera.

—Pónganse contra la borda.

Uno de ellos llevaba una pistola en la mano. Antes de que pudiera utilizarla, John le desarmó de una patada. Bastian-Chavrier no era ninguno de ellos.

—¡Profesor! —aulló.

Durante un momento nadie respondió. Luego, una voz:

—¡Aquí! Me estoy ahogando... ¡Gggg!

—¡Salga si puede...!

—Estoy atado. Las manos...

La nube de humo se iba disipando. Afortunadamente, ya que hubiera podido llamar la atención a todos los demás barcos.

—Vamos, inténtelo. Yo no puedo entrar a buscarlo.

La cabeza de Bastian-Chavrier apareció en la puerta. Luego el torso. Llevaba las manos a la espalda.

John Kermadec se cambió la pistola a la mano izquierda, sin dejar de apuntar a los tres chinos y sacó de su bolsillo el cortaplumas.

—Colóquese a mi lado, pero sin cubrirme la visión.

—¡Usted!

—No pierda el tiempo, diantres. Haga lo que le digo.

Bastian-Chavrier lo hizo. De un solo tajo, con su afilada navajita, John le cortó las ligaduras.

—Pero ¿cómo ha llegado?

—Más tarde.

Una escala descendía del helicóptero, rozando sus cabezas.

—Agárrese a ella.

El profesor Berthold Bastian-Chavrier obedeció. Sus ojos se detuvieron un momento en los tres chinos que contemplaban la escena tensos y con los ojos desorbitados.

Luego, la escala ascendió, con el profesor colgando de ella hasta que aquel pudo agarrarse a la borda del helicóptero.

John enfrentó a los tres chinos.

—Ustedes pueden continuar... *amigos* —dijo.

La escala volvía a descender. Se agarró a ella con la mano izquierda y un momento después colgaba en el aire.

—¡Tira!

Con su pistola cubría aún a los tres hombres cuando la escala comenzó a ascender, maniobrada por el motorcito auxiliar del aparato.

—¡Vamos, aléjate!

Vio cómo los hombres de abajo se precipitaban hacia la toldilla y uno de ellos recogía algo del suelo. Para entonces ya había llegado a la borda del helicóptero.

—¡Aléjate! Van a comenzar los fuegos artificiales.

Pero los tres chinos lo debían haber pensado mejor. Ningún disparo partía de la nave hacia el abejorro de acero.

Y por fin, prensado entre el cuerpo del físico y el de la mujer, logró introducirse en la carlinga.

—A Dios gracias —dijo.

Se volvió al profesor. Éste los observaba a ambos con los ojos desorbitados.

—Espero —dijo John tensamente—, que le sirva de lección. Se lo querían llevar, ¿no es así?

—Pues... sí.

—Bien, espero también que... se calle.

—Pero... Bertha y usted..., ¿cómo han sabido...?

—Vamos a decir una cosa, ¿quiere, profesor? Vamos a decir que su mujer nos explicó que temía por su vida. ¿Quiere, profesor? ¿Quiere hacerlo y no decir ninguna cosa más?

—Yo... Pero tienen ustedes que explicarme...

—No.

—Bertha...

—No, profesor. Lo siento. No.

—No... entiendo...

Pero era un hombre inteligente.

—¿Deuxième Bureau? —preguntó.

—Sí. Y no nos gusta que se ande hablando mucho de lo que hacemos. Usted ha salido bien librado esta vez, profesor, pero... Tenga cuidado con la próxima.

Algo de su antigua facundia volvió al físico.

—Está bien. Podemos decir lo que ustedes quieran. ¿Habrá que explicarlo a alguien? Tengo amigos...

—Guárdeselos. Y no diga ni una sola palabra o...

Se miraron rectamente a los ojos.

—O habrá disgustos, pese a sus amigos. ¿Conformes?

—Por mí...

—Bien, en ese caso.

El cúter quedaba muy atrás. El helicóptero volaba rectamente hacia la ciudad.

Un par de balandros y una lancha de la policía del puerto se aproximaban al cúter, pero aquello... Bien, aquello era cosa de los chinos. Que explicasen como pudieran la nube de humo y los manejos del helicóptero. Por ahora, lo que les corría prisa era entregar de nuevo el aparato en el aeródromo.

Hacia el cual se dirigían a toda velocidad.

El Tren Azul estaba a punto de salir. Kermadec se volvió a su compañera.

—Hemos salido con bien de todo este embrollo, Irina —dijo en voz baja—. ¿Por qué no redondeamos el asunto? ¿Por qué no vienes conmigo a París?

Ella lo miró serenamente.

—Dentro de dos días estaré en París. Dos días. Espero que..., podrás aguardar allí dos días solamente.

—Claro que sí, pero...

—Entonces, hazlo.

—¿Y si me quedase aquí...? No, estoy diciendo tonterías. Es preferible que la policía no siga haciendo preguntas. Al menos, no aquí.

Un pitido.

—Hemos salido —dijo ella— demasiado bien librados. La policía ha cogido al asesino de *madame* Franc. No ha habido demasiadas preguntas en torno al barco. ¿Qué más quieres?

—Verte de nuevo —dijo él salvajemente.

—Te lo he prometido.

—Verte y..., no una sola vez.

—Eso —dijo ella sonriendo veladamente—, eso sólo el tiempo puede decirlo.

—Yo, quiero decirlo.

—Nos veremos en París.

—Pero...

Ella se puso seria de pronto.

—¿Qué más quieres?

—Te quiero a ti.

—Paso al tiempo, decimos allá. Paso al tiempo, John. El lo arregla todo. Por el momento... nos veremos en París dentro de dos días. Tan pronto pueda despedirme del profesor sin despertar demasiadas sospechas. Segundo pitido.

El Tren Azul, París, Lyon, Ventimiglia, iba a salir.

—Adiós, Irina.

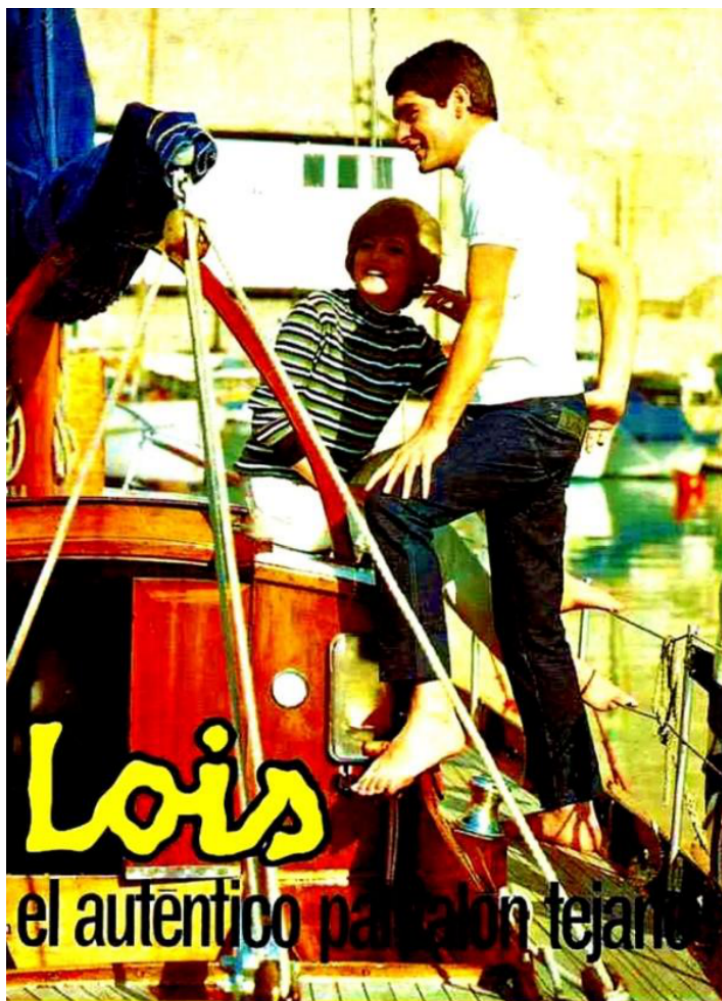
—Hasta la vista en París, John. Pide mesa en Maxim. Brindaremos juntos.

Y John Kermadec tuvo apenas el tiempo justo para saltar al estribo, cuando ya la portezuela se cerraba.

Sí, al menos se verían en París. Y eso... era algo. Porque..., ¿quién sabe las cosas que pueden ocurrir? Muchas.

La última visión que tuvo de Niza fueron los ojos verdes de Irina Innokentiovna que lo miraba desde el andén.

FIN



Lois

el auténtico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

